

Cartas al Quijote

Escritores y
Pintores
ante el
IV Centenario.

Estimada Aldonxa Lorenzo:

Amiga confío en que aunque no sabes leer, en esas pocas líneas que para ti podrán ser como graciosos garabatos conoces ahora estarás pensando: ¡Y bien mejor que estaba en tu mundo!

Pero no te pese que tu amiga desde la distancia de cuando ni podréis ver jamás pues no pertenece a tu universo de tierra adentro.

Bien tranquila que has estado estos siglos oculta tras tu algo juerguista (perdona estos términos de mujer del siglo XXI): tu cosa sé que has guiñado el ojo a más de uno y que incluso tu pelo se te dominga. Pero ante todo, sé que representas a la mujer de comienzos del siglo XX y en el campo instruida para casarse y tener hijos y a su vez educarlos en la Iglesia y la sociedad como cristiana vieja que eres (que no, que no ha pasado ahí: que la gente es muy mala). Sé también que aún así, cuando te fallado: incluso dicen que un viejo loco (pero si tú eres un buen partido, Aldonxa fíate de mí).

Disfruta de tu vida, pero así como disfrutabas en tu edad eternamente joven, vieja por siempre en carne y hueso con el destino de una simpatía incomprendida como siempre.

Disfruta de tu vida, pero así como disfrutabas en tu edad eternamente joven, vieja por siempre en carne y hueso con el destino de una simpatía incomprendida como siempre.

Cartas al Quijote

Escritores y
Pintores
ante el
IV Centenario.

Estimada Aldonza Lorenzo:

Amiga, confío en que, aunque no sabes leer, esas pocas líneas que para ti podrán ser como graciosos garabatos conoxes ahora estarás pensando: ¡Y bien mejor que estaba!

Pero no te pese que tu amiga desde la distancia de ni podrás ver jamás pues no pertenece a tu universo de tierra adentro.

Bien tranquila que has estado estos siglos oculta tras algo juerguista (perdona estos términos de mujer del siglo XX) casa se que has guinado el ojo a más de uno y que, incluso, tu pelo se domingo. Pero, ante todo, se que representas a la mujer de comienzos de y en el campo instruida para casarse y tener hijos y, a su vez, educarlos Iglesia y la sociedad, como cristiana vieja que eres (que no que no he ahí: que la gente es muy mala). Se también que aún fallado: incluso dicen que un viejo loco (¡pero si bien partido Aldonza fiata de mí!

Disfruta... Pero... (¿cuando?)... tendrás con...

en papales resucitado a cada vuelta de hoja... cuando generaciones futuras no... incomprendida como nosotras... en la...

Depósito Legal: GC-867-2005

ISBN: 84-89104-65-4

Impreso en: Litografía-Imprenta Norberto Ojeda, S.L.
Telde (Gran Canaria) · Tlf.: 928 691 084
imprentaojeda@terra.es

Edición: M.I. Ayuntamiento de Telde
Concejalía de Educación y Cultura
Diciembre de 2005

A MODO DE SALUDO,

FRANCISCO A. VALIDO SÁNCHEZ

ALCALDE PRESIDENTE M.I. AYUNTAMIENTO DE TELDE

Desde el Gobierno Municipal de nuestra ciudad de Telde, no podíamos dejar pasar esta excelente oportunidad que nos brinda el **“IV Centenario del Quijote”** para sumarnos a este magnífico proyecto.

La idea de reunir a escritores y pintores en un volumen que pusiera de manifiesto la vigencia del ilustre escritor y de su novela, ha dado como resultado este libro que de manera extraordinaria congrega a pintoras y escritores bajo la mirada atenta e intemporal de Alonso Quijano.

“Cartas al Quijote”, como veremos en su lectura, pretende mostrar mediante la pintura y la escritura, la forma que tienen los intelectuales que intervienen en el libro de acercarse a la figura de Cervantes y a su magna obra.

Espero que disfruten con el recorrido de estas páginas y que la actualidad de Cervantes y sus narraciones nos sigan siendo útiles en nuestra vida.

EL QUIJOTE: UN TEXTO INDISPENSABLE PARA TODOS LOS TIEMPOS

SONSOLES MARTÍN JIMÉNEZ
CONCEJAL-DELEGADA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

“No se puede hallar una obra más profunda y poderosa que el Quijote. Hasta el momento es la grande y última palabra de la mente humana.”

Así se pronunciaba el escritor ruso FEDOR DOSTOIEVSKI, en su obra *Diario de un escritor* escrita entre (1873-1876). Habían pasado casi 200 años de la publicación del Quijote y aunque los estudios más rigurosos no habían comenzado a abundar sobre la vida y obra de Cervantes, así como los ensayos sobre el personaje, ya era una obra que había alcanzado grandes cotas de popularidad; fue en el siglo XIX cuando se da un auge sin igual a la obra cervantina.

Ni que decir tiene que el siglo XX también nos trajo lo más granado del pensamiento contemporáneo que se manifestara con El Quijote como motivo de reflexiones en ensayos, conferencias, estudios, cursos, seminarios y cátedras.

En la actualidad con las nuevas ediciones revisadas y aumentadas, donde filósofos, psicólogos, sociólogos, historiadores y filólogos han abierto nuevas vías de lectura e interpretación sobre el texto fundamental de las letras españolas. Hasta tal extremo se ha llegado en el interés sobre El Quijote, que hay presta un publicación donde se analiza el texto para descubrir el sitio exacto del que habla Cervantes en La Mancha y donde transcurre la novela.

Teniendo en cuenta estas reflexiones y conocedores de la importancia de este centenario, desde la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Telde, hemos querido sumarnos a la conmemoración del IV Centenario de la publicación de El Quijote, con un amplio programa de interesantes actos donde podremos acercarnos a este texto teniendo con nosotros a prestigiosos intelectuales e investigadores que expondrán sus tesis en conferencias, así como en publicaciones. También desarrollaremos talleres infantiles, lecturas públicas, concursos de pintura y redacción y un amplio despliegue de actos para acercarnos más a esta importante obra.

Desde estas líneas invito a todos, tanto a niños como a mayores, a que se sumerjan en este libro mágico.



INDICE DE ESCRITORES:

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Hortensia Alfonso Alonso | 9 |
| Berbel | 15 |
| Cristina R. Court | 23 |
| Beatriz Cuarental | 29 |
| Lucana Falcón León | 37 |
| Domingo Fernández Agis | 43 |
| Fernando Gómez Aguilera | 49 |
| Emilio González Déniz | 57 |
| Antonio González Padrón | 63 |
| Eduvigis Hernández Cabrera | 69 |
| Germán Jiménez | 75 |
| León Barreto | 83 |
| Sergio Domínguez Jaén | 89 |
| Victoriano Santana Sanjurjo | 95 |
| Octavio Santana Suárez | 101 |
| Diego Talavera | 109 |
| Juan Rodríguez Betancor | 117 |

INDICE DE PINTORES:

| | |
|-------------------------------|-----|
| Mateo Alemán | 13 |
| Fabiola Ubani | 21 |
| Marta Mariño | 27 |
| Paco Juan Déniz | 35 |
| Augusto Vives | 41 |
| Luis Arencibia | 47 |
| José Lorenzo Moreno | 55 |
| Juan Guerra | 61 |
| María Castro | 67 |
| Jero Maldonado | 73 |
| Paco Sánchez | 81 |
| Susana Requena Lago | 87 |
| Pilar Rodiles | 93 |
| Ana de la Puente | 99 |
| José Luzardo | 107 |
| José Rosales | 115 |
| Luis Sosa | 129 |

“Carta a Dulcinea del Toboso”

Hortensia Alfonso Alonso
Las mil caras de Dulcinea”

Estimada Aldonza Lorenzo:

Amiga, confío en que, aunque no sabes leer, encontrarás a alguien que, generoso, te desentrañe estas pocas líneas, que para ti podrán ser como graciosos garabatos que manchan un papel en blanco. Como te conozco, ahora estarás pensando: “¡Y bien mejor que estaba en blanco, corcho!”

Pero no te pese que tu amiga, desde la distancia de cuatrocientos años, desde una isla que no has visto ni podrás ver jamás, pues no pertenece a tu universo de tierra adentro, se acuerde de ti, en medio del olvido.

Bien tranquila que has estado estos siglos, oculta tras tu *alter ego*, hacendosa, trabajadora y también algo jueguista (perdona estos términos de mujer del siglo XXI): lo sé, sé que te gusta más una feria que otra cosa, sé que has guiñado el ojo a más de uno y que, incluso, tu pelo se ha prendido de heno fresco alguna tarde de domingo. Pero, ante todo, sé que representas a la mujer de comienzos del XVII: hecha para trabajar en casa y en el campo, instruida para casarse y tener hijos y, a su vez, educarlos como debe ser, según manda la Santa Iglesia y la sociedad, como cristiana vieja que eres (que no, que no hago caso a ciertas habladurías que andan por ahí: que la gente es muy mala). Sé también que aún no has dado el paso, aunque pretendientes no te han faltado: incluso dicen que un viejo loco (¡pero si pasa de los 50, por favor!) te ha mirado con buenos ojos. Y es un buen partido, Aldonza, fíate de mí (¿cuándo te he fallado?): tendrás, con él, junto a él, la eternidad.

Pero aún no te preocupes, desde tu edad, eternamente joven, vieja para siempre, no debes preocuparte. Disfruta de tus mil vidas, impresa en papeles, resucitada a cada vuelta de hoja y no te preocupes... No ansíes el andar por el mundo, en carne y hueso, con el destino de una simple mortal. Tú estarás aquí cuando yo me haya ido e, incluso, cuando generaciones futuras no sean más que polvo del camino. Aún estarás aquí, quizás leída, incomprendida, como nosotros leemos y no comprendemos

a la eterna amada-amante de Catulo; quizás te veas en lenguas muertas estudiada, diseccionada con ojos aún más lejanos que los míos; pero, al fin y al cabo, estarás aquí. Por eso, amiga Aldonza, disfruta y sé joven para siempre, encandilando, con tus risas y tus bailes, a todos los mozos del pueblo, que sé, andan detrás de ti.

Desde lo temporal, para lo intemporal:

Hortensia.

A la muy alta y dignísima princesa, doña Dulcinea del Toboso:

A vuestros pies me postro, ¡oh, excelsa señora!, confiando que su excelencia sepa perdonar tan gravísimo atrevimiento, pues conozco que si existe en el mundo un corazón más pleno de espléndida prodigalidad éste ha de tener cabida en vuestro generoso pecho.

Aún no oso levantar la vista a vuestra resplandeciente faz, pues sé que, deslumbrante la vuestra fermosura, he de quedar atónita y sin palabra; por eso, humillada, señora mía, afronto la presencia de la más alta soberana jamás servida por el más valiente caballero andante.

Y así, ante vos, se presenta, no una princesa, como mi insolencia podría hacer parecer, ni siquiera una simple camarera de la reina, como vos podrías llegar a sospechar ante tamaña osadía; no, mi señora, la que está ante vuestros atónitos ojos no es sino una mujer, una mujer del siglo XXI, una mujer que ha realizado un viaje de cuatrocientos años para pedirnos, para imploraros, fiada en vuestra extrema magnificencia, un don, como solicitan los humildes a los poderosos.

Muy alta y “sobejada” señora: habiendo llegado a mis indignos oídos que es vuestro soberbio deseo emanciparos, que queréis abandonar la mente que os creó, en desvaríos de sublime locura, por ver mundo, por conocer otras personas, otros pueblos, otras naciones, otros universos y otros tiempos; desde el polvo en que me postro, confundida con él, como hija de Eva, os pido, señora mía, por el Dios que, al fin y al cabo, nos ha creado a todos, que no lo hagáis...

Sí, lo adivino, me contempláis airada, con un destello de orgullo en vuestra mirada, justamente indignada ante tamaña desvergüenza. Mas os ruego, señora, que me escuchéis hasta el final; pues vuestra largueza ha permitido que esta simple mortal haya llegado hasta aquí en su osadía.

Dignísima Dulcinea, ¿qué sería del caballero que os creó sin vuestra altísima presencia? ¿Cómo soportaría vuestra separación, siendo vos para él y él para vos la misma persona? Una vez desaparecida vos, el ideal, desaparecería el ideario que por vos y para vos fue creado, creándoos a su vez.

Es por ello, señora, que he osado elevar mi petición a tan alta dama, pues sin vuestra presencia desaparecería el mundo, tal y como lo conocemos hoy día. Que un arrebatado de curiosidad no os haga destruir cuatrocientos años de historia.

Vuestra humilde servidora,

Hortensia.



MATEO ALEMÁN



“Carta al ingenioso hidalgo de la Mancha”

Berbel

Amado mío.

¡Oh, amor y amado, oh dulce y abnegada mi osadía, que en pos salí de mí ha ya más de mil días, para llegar a vos y haberlo hallado!

Yo, Cervantina de las ínsulas atlánticas dejeme atrás a padres, familias e sustentos, y adentreme en el camino incierto que el destino puso ante mis ojos y el deseo. Yo abandoneme a toda clase de suertes y contentos, mis arcas repletas de maravedíes, mis castillos inmensos, mis joyas de orfebrería perfecta, mis sedas de lejanos lugares, en fin, toda mi plata, a expensas de las ratas y el olvido, así un día dejé. Pues, nada infunde más locura y desatino que el amor y el alma en sus intentos anhele alcanzar, que el lograr en lo más presto: la partida por encuentro.

¡Mi amado don Quijote sea fiel a mis requiebros! ¡Este arder sin sentido que inflama en su ignorancia el corazón! ¡Oh, Dios! ¡Y vive Dios por meterme en tales mal de amores y de entuertos, pues morir es vivir y vivir es ir muriendo! A fe de Dios que cumplo mis empeños.

Lo dicho. Lo dicho por lo hecho, que a lo más pronto ¡presto!

Atavieme de apropiada vestimenta para tales trabajos y caminos: tres pliegos por si una ha de escribir del desespero, dos plumas mal plumadas, un tarro de tinta desteñida ¿y qué escudero? “Después, después, ya habré en pensar. Primero es lo primero” —díjeme para mi desidia o mi consuelo.

Revolvime entre mil prendas de liviana prestancia, que aquí una faja, que allá un sayón, que allá una manta, que allá un calzón ¡ah, el blusón de lino que me llegó de Holanda! ¡La capa fina, de seda

fina que me bordaron en Toledo! ¡Los guantes, las polainas, la espada y hasta el rosario de la aurora!
¡Muero!

¡Tate! ¿Qué ando metiéndome en cintura tantos cueros, acostumbrada a ser sólo una dama? Indigna de mi suerte, abofeteada por mí misma y mis pesares, heme aquí, ante la dualidad y el desatino de no saberme quién soy, con qué me voy ni a dónde parto. Mas, a mi intención jamás le puso precio ningún quebranto y blandiéndome por vestidura la pasión, sólo tres trapos y un mísero reloj (de arena y por si acaso) y todo el horizonte que abra y espere a la futura reina del amor del caballero andante de mis sueños.

Y el escudero tornóseme en muchacho, mal aguisado de cabeza que peor vestido, que en un jumento él era el más pollino, para mal de su honra y mi tormento en de este mundo de la fama y del cinismo. Apodábanle “Chungo” por lo mismo.

¡Oh, amor y amado! ¡Oh, triste soledad de los destierros que en aras del amor partí como una loca, hacia un futuro que me fuera incierto!

Atrás dejé Belmonte en la ancha meseta de tierras solitarias, secas, polvorientas, pobres, cabalgando con los versos de Fray Luis por más sudario: “camina, corre, vuela, traspasa la alta sierra...”, y palpitábanme de Quevedo sus presagios, “polvo seré, mas polvo enamorado”.

Mas, y sin abrir el libro de mis días de par en par, con tal brío troté por la portada, que atravesé sus letras tan doradas con mi espada para meterme de lleno en mis intentos. No hubo Juan Gallo de Andrada (escribano de Cámara) que resistiera mi galopada por los renglones, y de pasada, ni el mismo Rey, ni aún toda su Corte impedimento alguno pondrían a mi alborozo. “Voy a por ti, amor mío, y nada es estorbo cuando me guía del universo lo divino”. Yo, soberana y alta señora de mis señas soy, y mala andanza no es ninguna si en pos de vos con mi fortuna voy. Sí, aquel que sé “... de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor...” de mis antojos, de mis delirios, de mi ceguera y de mis sufrimientos.

“Muerte, prisión no puedo, ni embarazos, / quitar de ir a veros como quiera, / desnudo espíritu u hombre (mujer) en carne y hueso”, que diría en mi voz el Gracilaso.

Proseguí mi camino, traspasando las páginas de mi propia desazón. Al duque de Béjar saludele de lejos. En la Mota del Cuervo hice un descanso y encomendeme a San Miguel Arcángel (el de su iglesia). Allí fui instada por Fray Alonso Cano para poder armarme “caballero”. ¿A mí que soy tal

dama? ¡Tamaño espanto! Y de muy útil y provechoso me vinieron los versos que escupirle sin réplica a la cara, los versos de una tal Sor Juana que allende los mares ya sufría la torpeza engalanada de osadía de algunos hombres “caballeros”. “¡Hombres necios!” –dice Juana- y a la sazón: “Y las bellas damas cuya bizarría / da al amor las armas con que vence y lidia / si sus luces gozan, con sus luces vivan”. Sor Juana Inés de la Cruz sí me comprendía. Así partí de dama, que no de “armado caballero”, por esas tierras de la Mancha.

Desde una pequeña sierra se divisa y sobresalen unos cuantos molinos, contemplando un horizonte ancho y luminoso, seguí por un camino agreste y muy angosto plagado de viñedos y allá El Toboso.

Ay, doña Aldonza Lorenzo, Dulcinea, Zoraida, Maritornes, Lucinda, Quiteria, Claudia Jerónima,... Marcela, Dorotea, Micomicona, la sobrina y el ama, la bella cazadora, la condesa Trifaldi, Altisidora, doña Rodríguez, la duquesa y sus doncellas, la hermosa morisca,... todas, no os tendréis por más vuestras, pues tragueme los rencores y miserias que los celos de amor me hubieran puesto y dejé que todas las mujeres fueran en mí renglones, solo renglones sueltos. Yo de tí, amado mío, cierta estaba en que sería tu novela. Diez mil mujeres tendrían que pasarte por la vida para que a fin de cuentas bien supieras que era a mí sola a quien veías por mucho que ignorante y ciego fueras.

Recorriendo capítulos efímeros de una vida aún más grande en la que todas sois la misma pieza de un amor sin tiempo. Todas y las que sean, y las que sean.

Llegué al Convento de las Trinitarias ¡qué descanso! Para seguir hacia el Campo de Criptana, Montiel, más molinos, el cerro de la Paz, una venta y ¡otro descanso!, empinadas calles, enrejadas casas, el Convento del Carmen, más allá Consuegra bajo el cerro de Calderón, los castillos, Villanueva de los Infantes, rebaños de ovejas, Puerto Lápice, las ventas, Almagro, Barcelona, pastores, Argamasilla de Alba, Toledo, Valdepeñas, Almaguer, Ciudad Real, Albacete... imprimirían privilegio por el tiempo que me fuese servido. Lugares recorridos, líneas trazadas del destino hacia el fin de la vida, “nuestra vida son los ríos que van a dar a la mar que es el morir” – Calderón de la Barca me lo podría decir.

Damos licencia y libertad a nuestros sueños y batallamos día tras día tras una quimera que guarde y cumpla nuestra honra y favorezca nuestras buenas artes.

¡Oh, amor y amado! ¡Oh, mi señor y dueño, que por ganarme el cielo en los empeños, ligera y lisonjera transgredí las normas y los mundos recorrí por mi honra! ¿Pues acaso la honra no es servirme de los altos valores de mi alma? ¿Desistiese de tal empresa y tal hazaña quien so pena de caer en sus desgracias no saca fuerzas del amor y de sus ansias? ¿Son aquestos los valores de una dama? Son.

Y en diciéndome ésto, encomendeme de todo corazón a todos los ángeles del cielo y a despecho pensé pasar por no sentido ningún encantamiento, pues mi escudo, mi lanza, mi caballo y escudero serían las armas que arroparían mis fueros.

Capítulo a capítulo con denuedo, a diestra y a siniestra, líneas, páginas, carillas, recorrimo las hojas de orilla a orilla dando golpes a tiempo y a destiempo, haciendo del conocimiento escrito los moldes y aparejos que a otras cualesquiera justicias e juicios pudiera mi inteligencia alcanzar. Y recorrimo, en fin, también el mundo de lo humano: el cura, el barbero, el escribano, mi escudero, el gallardo vizcaíno, una turba de yangüeses, los cabreros, mozos de mulas, los cuadrilleros, el canónigo, el bachiller Sansón Carrasco, el Caballero de los Espejos, el del Bosque, el del Verde Gabán, Camacho, maese Pedro, titiriteros, encantadores y verdugos, lacayos, bachilleres, caballeros, el caballero de la Blanca Luna,... todos los hombres y los que sean sólo serán una molécula de tí, todos los hombres del mundo y de todos los siglos, y los que sean, y los que sean.

Y con todos usé de mis entendederas, que del sabio Aristóteles anoto: “La excelencia moral es resultado del hábito. Nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de valentía”, y ya que así comprendo sea la mejor vía, yo no hablaré de ellos, pues, “El que de otros mal habla, así mismo se condena” (y esas letras de Petrarca ciertas son y han de ver más por honor que por prudencia, más por honra que por fama). Allá la envidia difame, que no es de señora y dama tales menesteres de torpeza, y una servidora no era presa de licenciosa opinión ni regarle oídos a cretinos. Del mundo de lo humano... ¡lo divino!

¡Oh, corazón cansado! El mundo entero dilatado, el olor de la última página llegaba y el índice implacable que cerraba con la contrasolapa de la noche el texto de la vida.

Acerqueme a la casa, solté espada, lanza, armadura y hasta caballo y escudero; sacudime la tierra, el frío y aquesta soledad en el mismo quicio del oscuro aposento anochecido. El Caballero de la Triste Figura, beltenebro de mis sienes allá estaba postrado. ¡Oh, amor y amado! ¡Oh, delirante desierto de agonía que mi Quijote en su tormento padecía! ¿Qué ser humano sufrirá tan áspera mudanza por la muerte?

Soy yo, señor, la Cervantina de las ínsulas atlánticas y de todas las suertes.

Mirome, incorpore y casi ausente díjome: “Soberana y alta señora. El ferido de punta de ausencia y el llegado de las telas del corazón, dulcísima (...) si tu hermosura me desprecia, si tu valor no es en mí pro (...) mal podré sostenerme en esta cuita (...) Oh, bella (...) amada (...). Si gustaras de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho”.

Y es que, “las horas que limando están los días, royendo están los años (así sentencia ese tal Góngora).

Arrodilleme al pie del lecho, tomé sus manos, sentí que nuestro libro al punto ha de cerrarse. ¡Recobró la locura! ¡Universal locura de mi Quijote amado! Y yo toda aquella cordura que era reflejo de la suya. ¡No era un molino mi señor, era un gigante! ¿A qué llama de amor el caballero ingenioso hidalgo don Quijote y yo habríamos llegado al fin de nuestros días?

A fe mía que bien me amparo en Lope: “Mas de tu luz mi oscuridad vencida / del monstruo muerto de mi ciego engaño, / vuelve a mi patria la razón perdida” en mí, por siempre. Sea pues mi gigante a su locura como yo a mi razón y muramos en esa flama ardiente del amor.

Así fue aquesta la verdadera historia. Ellos los héroes y los mártires, verdugos y condenados de ellos mismo, enamorados, serán, fueron y son los que me dicta Lope finalizando: “... atrevidos al sol llegar querían, / y morir en sus rayos abrasados / de cuya luz contentos y engañados / como la ciega mariposa ardían”.

¡Oh, amor y amado!

FABIOLA UBANI



“Carta de Cervantes a Thomas Mann”

Cristina R.Court

Muy estimado Herr Mann:

Definitivamente, usted nunca degustó las modestas migas del pastor allá por Belmonte, Almagro o Montiel, los tiznaos duelos y quebrantos, ni el consuelo de la miel sobre hojuelas de Argamasilla de Alba o el Viso del Marqués.

No, bastante valor le costó a usted gestionar su propia derrota.

No estaban los tiempos para viajes tan exóticos y distraídos. Tampoco los míos, tiempos peligrosos porque se podía perder el instinto y la fe de un plumazo. Y por cierto, también un brazo.

No crea que no le agradezco, no obstante, su testimonio de la lectura del *Quijote* para sus coetáneos. Un libro universal para un viaje universal, dijo usted. Convengamos que todo viaje al exilio se transforma en tránsito al vacío cósmico, como usted relató desde el mismo barco al cruzar la línea equinoccial.

El mundo se hunde y usted atraviesa el océano Atlántico prendado de dos arquetipos especulares: viven de la fama de su fama. Espejos confusos que me complace haber inventado. Don Quijote, lector del *Quijote*, intertextualidad que usted ha percibido medianamente. *Las Meninas* de Velázquez, donde puede observar al pintor pintando lo que pinta, nunca fueron objeto de burla. Don Quijote se propone como un expatriado como los judíos conversos y moriscos, como usted mismo de su crónico, enfático y alterado país natal.

Me consta que antes que a usted también les tentó la reescritura de mi novela – la primera que inaugura este género de ficción: la verdad de las mentiras – a Graves, Heine, Schopenhauer o Kafka. Esto es algo, permítame la presunción, que ya yo mismo preveía.

El Quijote en definitiva, nos escribirá a nosotros mismos hasta el fin de los tiempos.

Me doy perfecta cuenta de que usted preferiría el reglado orden de Alonso Quijano o Aldonza Lorenzo, la espléndida dama Dulcinea del Toboso. Loco, obseso, chalado anacrónico, le denomina con cierta indulgencia.

La pérdida de juicio sobre el principio de realidad, conviene no catalogarlo como una patología. La carencia de imaginación quizá sí enferma y miserabiliza nuestra existencia, como es sabido. Esto lo entendió Unamuno en profundidad, pierde el juicio por nosotros, para nuestro provecho, alude el grave filósofo. Y tenía razón.

Tendrá que rendirle cuentas, dicho esto sin ánimo beligerante, a Gines de Pasamonte, a Maese Pedro, o, ¿quizá escribiera sobre las andanzas del caballero de la triste figura un tal Cide Hamete Benengeli?

En el libro yo mismo apunto que un tal Cervantes adquirió el manuscrito de Hamete en el mercado de Toledo y lo hizo traducir por un morisco.

Respóndame encarecidamente Herr Thomas Mann, ¿y si toda la deuda de amor que hemos contraído con la destilación de la inconmensurable tradición en la que nos inscribimos, fuera inexorable con los gigantes?, ¿y si los molinos solitarios en la vastedad de La Mancha fueran un efluvio metafórico y numínico de la realidad?

¿Y si fueran gigantes?

M A R T A M A R I Ñ O



“Respuesta a D. Miguel de Cervantes”

Beatriz Cuarental

Estimado D. Miguel:

En respuesta a su carta de 25 de febrero pasado, en la que me solicitaba información sobre la posibilidad de encontrar un hueco -y un trabajo- en la sociedad actual, adjunto le envío parte del material que, a mi juicio, puede interesarle para tan grave empresa, cual es la de pretender saltar de repente y sin preparación nada menos que cuatrocientos años de cambios, revoluciones, avances y retrocesos.

Espero que todo cuanto paso a contarle pueda serle de utilidad para tomar su decisión que, por otra parte, no deseara para mi ni siquiera si la intención fuera la contraria, esto es, trasladarme yo a hacerle una visita, con la ventaja para mi de conocer el pasado y, por tanto, su época. La locura que usted vaticinó en el insigne caballero Don Quijote de La Mancha y que tanto éxito ha tenido a lo largo de cuatro siglos ha apresado de tal forma al ser humano, que difícilmente podríamos comparar a un vecino suyo con uno mío. Y eso excluyendo que la locura parta de la lectura, no ya de libros de caballería -que no los hay- sino de cualquier clase de libros.

Antes que nada, creo que debería conocer, don Miguel, algunos aspectos que dominan el mundo actual y que nada tienen que ver con lo que usted pueda o crea imaginar de buen grado, porque ni siquiera alguien más cercano en el tiempo como Julio Verne, escritor como usted y visionario más que relevante, creería lo que ahora sucede en el mundo.

Sin duda, las cosas han cambiado mucho. Cómo será el asunto, don Miguel, que la chiquillería ya no se inicia en el sano y nunca bien ponderado estudio de las lenguas llamadas muertas: vengo a decir que desconocen plenamente, vaya, el latín -no digamos el griego-, lo que les lleva por derivación a no tener ni la más mínima noción de cómo o de dónde nacen las palabras que con tan poco respeto utilizan a diario. Como tan acertadamente diría el valeroso caballero de La Mancha, no conocer dichas

lenguas es como mirar los tapices flamencos por el revés, que se ven las figuras mas no con la claridad y el color del derecho.

A ello es necesario añadir que los españoles de hoy en día no son dados a leer ni novelas de caballería ni de cualquier otra cosa. Eso, al menos, es lo que sostienen quienes están dedicados en cuerpo, alma y dineros a publicar los textos que los más imaginativos escriben, porque también ha de saber usted, maestro de la escritura, que España es uno de los países donde más libros se editan al año, lo cual, dado el número de lectores, nos hace reflexionar sobre la necesidad -al parecer, cada vez más apremiante- de llenar las librerías de los hogares patrios con lomos de colores que puedan emparejarse con el mobiliario dominante.

Sepa usted, además, que su famoso Don Quijote se ha puesto de moda en los últimos meses, más que en los pasados 100 años, merced a la buena disposición de todo el país para rendirle tributo a usted. La mayoría de quienes le alaban en realidad no han leído ni una sola línea original de las miles de páginas que conforman las aventuras del Caballero de la Triste Figura; sostienen la grandeza de la novela porque lo han escuchado decir a otros que consideran expertos y eso les basta para tener una opinión; muchos hablan de oídas, de los textos que de infantes escucharon a sus madres junto a la cama a la hora de irse a dormir.

Porque otra cosa debe saber vuesa merced: que son las mujeres, en estos tiempos del siglo XXI, las encargadas -y culpadas- de llevar adelante la educación y los gustos de los hijos, que no siempre salen conforme al agrado de las madres, que generalmente son señaladas de los errores que los vástagos cometan. Sepa también que no existen por aquí esas mujeres que pretendía el curioso impertinente, dudando de la bondad de una esposa que no se viese en el trance de estar tentada por un amante, amén de ser del todo inoportuno a día de hoy que sostenga en su texto que un marido, “en cogiéndola en la primera desenvoltura le ha de quitar la vida”. No están los tiempos, amigo don Miguel, para defender violencias de ningún estilo.

Antes de decidirse a tan complicado viaje, debe tener en cuenta precisamente eso, que algunas de las cosas que usted plasma en su libro se consideran hoy día asuntos de mal gusto, blasfemias e incluso delitos de diversa consideración, lo cual aclaro para evitarle posibles encuentros desagradables. Para empezar, si Don Quijote de La Mancha fuese sorprendido en cualquier pago perdido de una ínsula Barataria velando sus armas o haciéndose armar caballero, inmediatamente sería avisada la fuerza de orden, comúnmente llamada Guardia Civil, para prender a quien se vería acusado de pertenecer a alguna peligrosa y destructiva secta.

Es más: si tal día como hoy a su valeroso Don Quijote le diese el ánimo por salir a pelear con los gigantes que a su paso se cruzasen, sepa que incurría en un delito de atentado contra el patrimonio

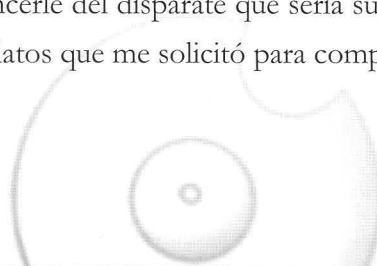
cultural, sabiendo como sabemos que en realidad son molinos que el Gobierno y el Estado están obligados a conservar como legados de nuestros ancestros. La multa del osado caballero no sería colmada ni con todas las bolsas que de miles de ducados pudiese transportar el fiel Sancho Panza a lomos de su jumento. Y es más: lo que para vos podrían ser blasfemias, para nos recibirían el hoy desagradable calificativo de *políticamente* incorrecto, término del que huyen todos como del diablo por no verse señalados ni distintos. Sostener en voz alta el deseo de machacar moros o de emprender guerras o lances para acabar con la vida de cuanto adversario apareciese en el camino es mal visto; nadie, tras esas frases, confesaría ser su amigo -ni tan siquiera conocido- ante los demás. Ni aun compartiendo el objetivo de sus planes en lo más hondo de su corazón.

Otro asunto que tendría una lectura igualmente incorrecta sería la de andar por esos mundos de Dios haciéndose acompañar por un sirviente: en conociéndose el trato y las formas que el caballero dispensa a su servidor, sería tachado cuando menos de esclavista, amén de tirano, clasista y maltratador, y el bueno de Panza sería llamado a afiliarse a algún sindicato para mejor defensa de su dignidad. Eso de permitirle hablar de lo que quisiese siempre que no fuese contra la autoridad de su señor podría interpretarse en esta fecha como un atentado contra la libertad de expresión, término que en la actualidad defendemos por encima incluso de la propia vida, confundiendo muchas veces su natural esencia.

Uno de los asuntos más delicados a los que debería enfrentarse, don Quijote si existiese verdaderamente y usted como autor, es la cuestión territorial de los campos de España, ahora llamada nacionalismo. Trasladado el episodio que don Quijote mantuvo con los vizcaínos en plena tierra manchega por unos pasos de nada a la actualidad, se vería usted automáticamente condenado a no poder poner sus pies en lo que conocemos como País Vasco por españolista y antiabertzale, término con que son designados aquellos que, aun deseando vivir en paz sin mirar otras cuestiones, son provocados o molestados hasta hacer de su vida miserable y enfadosa, como la de Roque a las puertas del virreinato de Cataluña. Tendría vuesa merced que cambiar el fin del capítulo o refugiarse en parte alguna que nadie supiera de usted. Y en igual trance podría verse en su visita a Barcelona, donde la primera medida a tomar por quienes salieran al camino para encontrarse con el recién llegado sería averiguar su conocimiento de la lengua catalana.

Tendría que cuidar también y mucho su lenguaje respecto a la manera de narrar la celebración de las bodas de Camacho. Lo de dejar bien a las claras los distinguos entre un rico y un pobre tampoco está bien visto hoy día, máxime si es para resaltar las virtudes -crematísticas preferentemente- del rico frente a la escasez de tales por el pobre.

Creo, buen señor Cervantes, que debo ir parando mis advertencias, no sea que de tan puras que quieren ser acaben por convencerle del disparate que sería su venida a este siglo XXI, y no es ese mi ánimo, sino el de ofrecerle los datos que me solicitó para componer mejor juicio a la hora de tomar



una decisión. Ahora que ya dispone de algunos conocimientos sobre su futuro y nuestro presente, medite con reposo antes de decidir.

Esperando haberle sido de grande ayuda a vuesa merced, le saluda atentamente

P A C O J U A N D E N I Z



Denis 05

“Cuatrocientos aniversario”

Lucana Falcón León

Querido Alonso:

Este año se cumple el cuatrocientos aniversario del inicio de tu andar por el mundo de la literatura y por el mundo real viviendo en la mente de todos los lectores. Estás aun más vivo que tu creador, Miguel de Cervantes, . Tal es así que hasta los niños, los más pequeños saben algo de ti. Ellos dicen :“Era un hombre que se volvió loco y se peleaba con los molinos”, “Era un hombre muy flaco y muy alto”, “Tenía un casco y un traje de hierro para luchar”,” “Era un hombre bueno que sueña con un mundo mejor”... Nada o poco dicen de Cervantes que queda para más adelante. Por aquí empezamos, por estas ideas, a recrear en los niños tu imagen, tu ejemplo , tu geografía, y tu historia.

Te has vuelto tan grande, tan paradigmático, que resulta difícil transmitir, trasladar los múltiples y varios significados de tu personaje. Entonces recurrimos a lo más sencillo... nos ponemos a leer y contamos así tu historia y los niños y jóvenes, como han hecho los lectores de todos los tiempos sacan sus propias ideas y pretenden como tú, cuando leías las novelas de caballerías, convertirse en el héroe, en el protagonista de la historia: en un loco, en un santo, en un caballero para enderezar las injusticias, ayudar a los pobres, recorrer el mundo buscando situaciones para ayudar al más débil, con un ideal desinteresado: hacer el bien y evitar el mal. También recrean a Sancho, el fiel escudero al que tú no cambiarías ni por una ciudad, bonachón que cuenta con una gran sabiduría popular, que aspira a gobernar la ínsula que tú como amo le has prometido y, que progresivamente, se va contagiando de tu locura; y a Dulcinea, campesina elevada a princesa en tu imaginación, a la que te encomiendas bajo su amparo de diosa y a quien dedicas tus triunfos y tus desdichas, tu vigilia y tus sueños, tu ideal y tu vivir ...

Es la novela, es el libro, es la palabra lo que te hace estar entre nosotros, lo que mantiene tus ideales del hombre que sabe imaginar la realidad a su gusto. La literatura te sostiene. ¡Qué paradójico!, pues tú te volviste loco por la letra impresa, por creerte que era verdad y ser fiel a la realidad narrada.

(...“En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros...”)

Nos recomiendan tus especialistas, aquellos que te han estudiado, que hagamos meditar a los jóvenes sobre tu triste figura a través de la lectura, que los iniciemos en el placer de leer. Y es que los maestros, los profesores de hoy también tenemos que enfrentarnos con nuestros “gigantes” y protagonizar nuestras propias aventuras para intentar que los niños, que los jóvenes lean. Una tarea difícil donde las haya. Muchos factores inciden: tenemos muy poco tiempo (no somos los “desocupados lectores “a los que don Miguel de Cervantes se dirige en el prólogo); hemos perdido el hábito de leer; los más jóvenes, una gran mayoría, carecen de las habilidades mínimas para comprender textos escritos. Y ¿sabes qué sucede? que hoy nuestra imaginación puede volar utilizando otros medios de comunicación diferentes, con soportes variados y basados en lo que se ha dado en llamar “nuevas tecnologías” : medios audiovisuales como el cine, la televisión, los vídeos, las grabaciones ; además contamos con el recurso del ordenador y, sobre todo, de Internet ... En mayor o menor medida estas nuevas tecnologías compiten con la lectura. Y van produciendo nuevas formas de comunicación poco respetuosas con la tradición : el chateo, el lenguaje de los “mensajes”, las formas directas, el acoso de anglicismos, la pérdida de vocabulario... y sólo detectamos algunos fenómenos. Nos cambian la lengua, nos cambian el mundo. Me pregunto: ¿será mejor un mundo con menos lectores?, ¿será bueno un mundo con menor dominio de la palabra?, ¿es interesante tener menos vocabulario, menos herramientas lingüísticas para expresar lo que es nuestra alma y lo que nos rodea...? A todo contestaría que no y creo en el poder de la lectura, al margen del medio, sea papel, o la pantalla del ordenador, para mejorar las capacidades del ser humano para interpretar, entender y expresarse a sí mismo y al mundo que nos rodea.

Consecuentemente nuestra difícil tarea será aumentar el número de lectores de nuestra colectividad. Con ello, sin duda, ésta mejora. ¿Te parece un empresa digna de un caballero andante? Por cierto, te cuento, hoy hemos aprendido a decir caballero y dama andante pues sucede que en nuestro mundo las damas emprenden también aventuras arriesgadas y difíciles como ésta.

Me pregunto cómo reaccionarías cuatrocientos años más tarde ante los molinos de viento de nuestro ancho, nunca ha sido tan ancho, mundo. Si ancha fue tu Castilla, ancho se ha vuelto el mundo. Los medios de comunicación nos remiten casi al instante acontecimientos que tienen lugar en los más diversos puntos del planeta. Ante tal cúmulo de información nos volvemos insensibles, probablemente para no enloquecer frente a tanta desgracia. Si tus enemigos más crueles fueron los encantadores o genios malignos, demonios que te perseguían cambiando las apariencias de las cosas, ahora que la

cultura está enraizada en estos medios, ellos son nuestros demonios. Importan más los índices de audiencia que las palabras.

En estos tiempos no serías un lector de novelas de caballerías, probablemente serías un adicto a la televisión, a Internet, a los video-juegos... , utilizarías un lenguaje cibernético y te desconectarías igual de la realidad, te volverías loco, un ser visionario, la santa locura.. como Neo (Matrix) el héroe que lucha contra un mundo cada vez más virtual. Da miedo imaginarse a estos héroes modernos enfrentándose no con una lanza anacrónica ya en el tiempo sino con armas destructivas a los molinos, a los pellejos o a los cabreros de nuestro tiempo.

En esta lucha constante entre la colectividad y el individuo la locura salvadora nos lleva casi siempre al desastre. Quizá sea la lectura de obras literarias las que contribuyan a forjar un mundo mejor y más esperanzador para la Humanidad y aprendamos a arriesgarnos por cambiar la realidad. Nuestro futuro por ese ideal puede estar en la literatura. Entiendo, como decía Pedro Salinas que “enseñar literatura ha sido siempre buscar en las palabras de un autor la palpitación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos: el espíritu en su letra”.

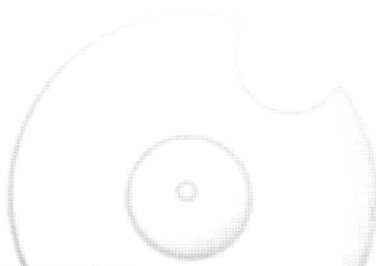
Cervantes tenía conciencia clara de que tu alma modélica en su aventura imparable, en su deambular por el mundo y en su relación con todas las clases sociales, había de hacer reír, y pensar, y llorar, a los hombres de todas las edades y de todos los tiempos.

“...Y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

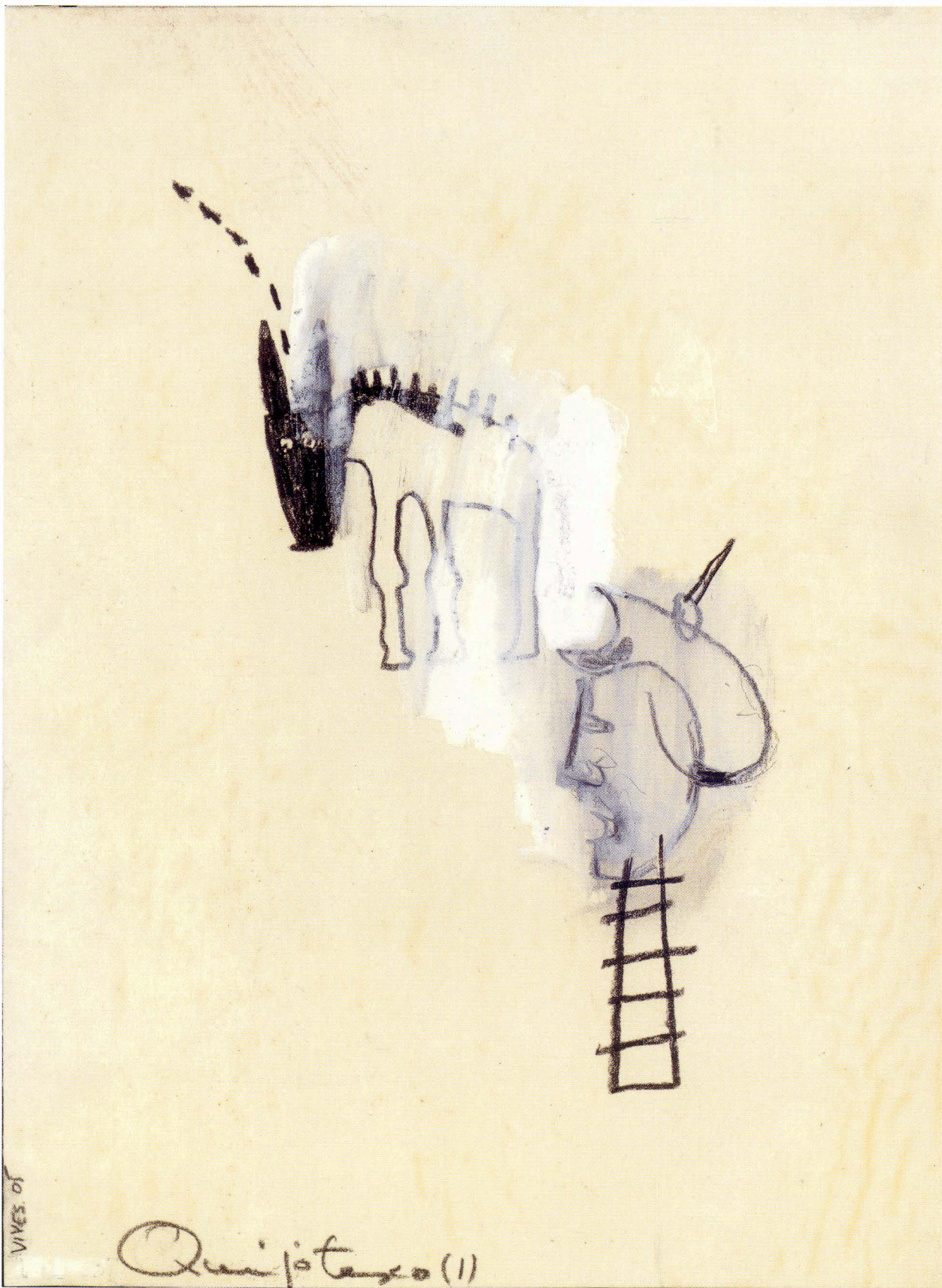
- *Eso no -respondió Sansón Carrasco- porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran...”*

En Telde, abril 2005.

Lucana Falcón León



AUGUSTO VIVES



Carta a Dulcinea del Toboso

Domingo Fernández Agis

Ya sé que son muchas las cartas que habrás recibido desde que se conoció que era tu gracia Aldonza Lorenzo y vivías en la ciudad de El Toboso. Su número, a buen seguro, habrá producido el asombro de tus vecinos, el escándalo de tus vecinas y la fatiga de los que, desde que se tuvieron como ciertas esas referencias, por esas tierras han ejercido el oficio de correo. Pero creo que a ti, amén de la pizca de orgullo que pueda albergar tu alma limpia por merecer tales consideraciones y el comezón placentero que pueda haberte producido saber que sigues en el corazón de las gentes de este mundo, quizá hayas convenido en que esas cartas, más que a quien figuraba en el anverso de los sobres, iban de forma un tanto torcida dirigidas a tu andante caballero, pues tengo entendido que sobre todo alaban su buen gusto y su mucho tino al haber hecho de ti su dama.

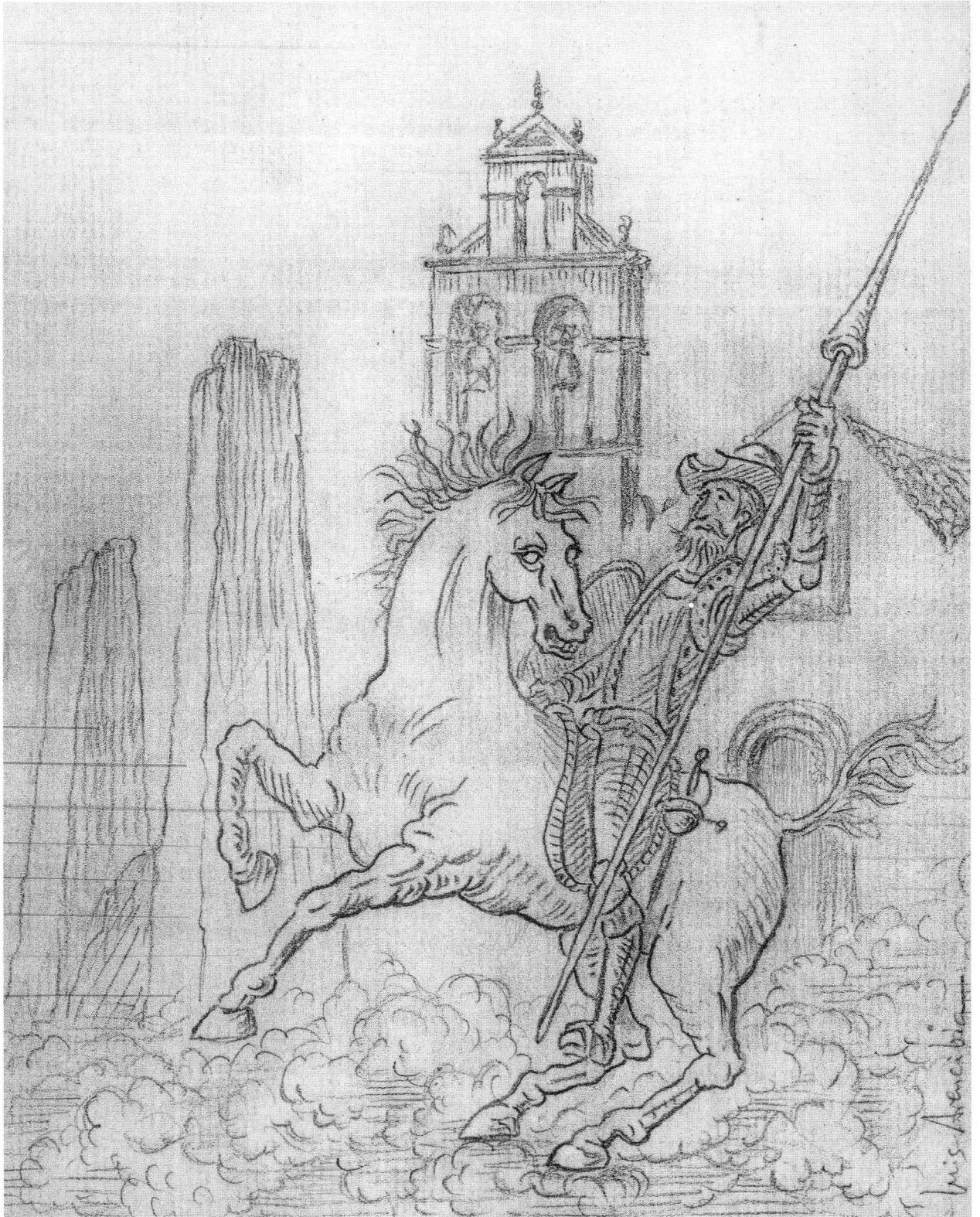
Don Quijote, sin embargo, poco te escribió y aún siendo poco hasta resultó demasiado, por la pésima forma en desempeñar el oficio de correo que tuvo el bueno de Sancho. Sabido es que tu amoroso caballero prefirió siempre que, antes que por misivas, supieras de él por el eco de sus nobles y desmedidas gestas, así como por la visita de otros caballeros que, como el Caballero de los Espejos, quedaron al ser derrotados en la sagrada obligación de ir al Toboso a alabarte como dama sin par y rendirte pleitesía. A esas muestras veraces de devoción se unieron a lo largo del tiempo otras de fidelidad a toda prueba con las que Don Quijote te obsequió, como renunciar de antemano sin ocupar ni un segundo en sopesar los inconvenientes de su elección al extenso y rico reino de Micomicón, así como a la mano de princesa, a la que todos albaron por su mucha discreción y beldad, aceptando sin embargo por pura entrega a tu persona y respeto a las normas de la caballería andante la riesgosa tarea de acabar con la vida del gigante Pandafilando de la Fosca Vista, o ejecutar grandes y esforzados trabajos con el fin de liberarte del yugo de magos y encantamientos. Bien es cierto que la obligada penitencia debía al fin pagarla Sancho en sus carnes, pero no lo es menos que fue Don Quijote quien habló de tú a tú al mago Merlín y hasta se encaró con el Diablo mismo, para acordar el modo de resolver aquel negocio.

Y, por si esto fuera poco, a todos los que fue encontrando el espigado caballero en el curso de sus andanzas les dijo que su gloria y sus victorias no provenían de otra virtud que de la fuerza que tú infundías a su brazo.

Yo, que en mis años nunca lo he visto pasar frente a mí, ni ayudar a los indefensos ni proteger a los inocentes, sólo puedo hablarte de lo que siempre me ha pesado su ausencia y lo que me ayuda saber que al menos tú sigues estando ahí, en ese mismo lugar que ahora recorren buscando el eco de tu voz gentes en escueto atuendo hablando lenguas extrañas, gentes que, de escucharlo, quizá no puedan entenderlo. Porque, a fuerza de andar años sobre años buscando al de la Triste Figura por esos caminos de Dios y, pese a poner mi fe en ello, haber quedado la búsqueda en poco más o menos nada, sospecho que en verdad tu caballero sí que estaba hecho de la materia de los sueños, aunque no como alguien –por más señas, compañero de tiempo y oficio de Cide Hamete Benengeli- dijo que estábamos hechos todos los hombres, ¡qué más quisiéramos nosotros! Bien es cierto que existen los sueños desde que la mirada de los hombres se iluminó con la luz del pensamiento y que, desde entonces, con los sueños se construyen otros sueños y con éstos otros más. Es así que los sueños adquieren a veces la consistencia necesaria para existir fuera de la mente y permanecer en el mundo como algo más que perfiles cruzados a los que envuelve la niebla.

Pero tú, señora Dulcinea, sol que iluminaste la mirada de Don Quijote cuando menos le alumbraba la luz del seso, estás hecha de otra materia, quizá más sólida quizá más sutil. La tuya es una sustancia callada que nos dice que está allí, en ese olor que le invade a uno en todo su ser desde el comienzo de ciertos abrazos. De esos abrazos que sólo saben dar, cuando así lo quieren, las madres o las amantes. Por eso el Caballero de la Triste Figura, que no pudo sino soñar –y aún era eso ya una gran osadía- ser algún día reconfortado por tus brazos, pero que jamás llegó a estar rodeado por ellos, tiene que conformarse con ser inmortal del modo en que lo es. Por eso él puede seguir cabalgando sobre las nubes, mientras tus pies descalzos, pese a que nadie te vea caminar, continúan dejando su huella en la arena. Esa arena de los relojes, que marcan un tiempo infinito en el que todo se rompe y recompone una y otra vez.

L U I S A R E N C I B I A



“Al hermano moro Cide Hamete Benengeli”

Fernando Gómez Aguilera

*... porque la verdad adelgaza y no quiebra,
y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.*

Miguel de Cervantes,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Discreto Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo y manchego, mi hermano:

Desnudo del amparo erudito de sentencias de filósofos y fábulas de poetas, tan lejos de la llama de nuestra divina Escritura como de las exaltaciones del retórico, acudo, por lo llano, a mi oración, escueta pero honesta, para escribiros, siquiera sucintamente, en prueba de admiración y rendido tributo de fraternidad: para honraros, hermano moro.

No me aflige que seáis leño de una hoguera de fingimientos literarios. Nada me inquieta que hayáis sido tachado de autor ficticio de la grande historia del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha, de cuya crónica verdadera disteis provisión al cultivado ingenio de don Miguel de Cervantes. No nubla el sueño de mis noches que, dándole la razón al docto en letras, fuerais concebido, carne de cañón, como instrumento de parodia de un gastado artificio de la literatura caballeresca, cuya autoridad se empeñara en deshacer el insigne Manco, a saber: los cronistas o historiadores fabulosos que solían citarse en las novelas de caballerías. No me turba que, incluso, se os haya interpretado como un argumento para reforzar el carácter falso e ilusorio de la historia del más grande caballero jamás conocido, o sea, que vuestra autoridad no lo fuera sino de la naturaleza inverosímil y fantasmagórica del libro, en razón de lo cual se os atribuirían muy directamente los episodios más fantasiosos.

Otrosí, no pocos letrados consideran que vuestra invención, si lo fuisteis poco da, pues no sabemos si la vida nuestra es imaginación o es realidad e incluso qué cosa sea en nuestros días turbulentos la realidad, puesta en manos de prodigiosos malabaristas, próceres del mundo, dispuesta para su acomodo; muchos cervantistas juzgan, decía, que vuestra presencia en el relato de don Quijote de la Mancha constituye el germen de la invención de la novela moderna, un hecho de gran catadura.

Y si al registro de nuestra memoria y nuestras devociones vinisteis engendrado como máscara literaria, tanta sangre y tantas vísceras y tendones de vida os alientan como a mi misma respiración y

entidad, de modo que nada empece vuestra integridad. Antes al contrario, vuestra fama alcanza a nuestro siglo, cuatro centurias ya mediadas del año 1605 de nuestro señor don Quijote, cuya crónica de deseo y delirio saliera de vuestro testigo. Ignoro si conocéis cómo llegaron a manos del narrador cristiano las hazañas que, al cabo, puso a disposición del fecundo Príncipe de los Ingenios. Permitid que, breve, os lo refiera, mi hermano.

Fue, como tantos otros destellos del fulgor humano, deuda con una pasión, en este caso pasión por las letras. El manuscrito llegó a manos del narrador cristiano de vuestro don Quijote en un cartapacio que, entre papeles viejos, vendía un muchachuelo a un sedero en el Alcaná de Toledo. Allí se lo compró, junto al resto de cartapacios y papeles, por medio real, en verdad a un precio muy inferior al que su fruición hubiera desembolsado. El cristiano supo del contenido encelado por los caracteres arábigos gracias a la interpretación que solicitó de un morisco aljamiado, cuya traducción presurosa inició adornada con una generosa risa nacida de una nota al margen en la que dejabais constancia de la pericia de Dulcinea del Toboso en salar puercos, como era fama en La Mancha. ¿Lo recordáis aún? ¡Qué generoso fuisteis en dar fe de su condición de cristiana vieja!

El caso es que el narrador y compilador cristiano de las dislocadas aventuras del caballero manchego se hizo con vuestro manuscrito y contrató su traducción con el morisco aljamiado, que, al cabo, concluyó la ardua y enojosa labor en el plazo tan escueto de mes y medio, al final del cual recibí en pago, por traducir a la lengua castellana bien y fielmente, con mucha brevedad, dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo. Luego, el narrador cristiano, muy asistido de don Miguel de Cervantes, le puso título a vuestros capítulos, agregó versos y ensartó fábulas, se entretuvo en brillos de ironías, que incluso os laceraron, si bien con elegancia y buen tino, casi siempre, y difundió la historia.

No obstante, por la enemiga que fue costumbre entonces entre moros y cristianos y en buena medida persiste, incomprendiblemente, hoy bien para protegerse por traducir y difundir un manuscrito arábigo, tan aventurado y al filo del riesgo en la España del siglo XVII, bien por simple desafecto, puso en boca del hidalgo palabras que os escocerán, aun hoy, con los siglos transcurridos: “desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas”. Yo no creo que haya mayor tráfico de odios en su verbo, y, para calmar vuestra desazón, y así os lo digo, os confieso que incluso ha estado en lenguas de cultos que por las venas del propio don Miguel de Cervantes pudo haber corrido sangre árabe. No es de extrañar, pues, que estuviera fingiendo para, entre bromas y veras, cubrir sus espaldas en años de ominosa Inquisición y eludir el fuego demoledor e la hoguera estremecedora.

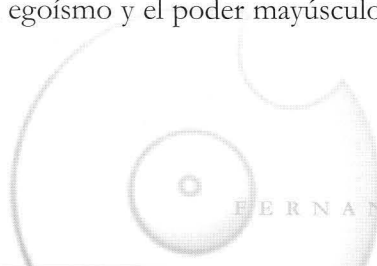
Mucho han tenido mis cristianos que ignoraros, mentiros y maldeciros a vosotros los arábigos. ¡Cuánta insania! ¡Cuánto inútil desprecio! Sólo cuatro años después de que fuera dada a la imprenta la

primera edición del preclaro *Quijote*, comenzó la expulsión de los moriscos, siguiendo los aciagos pasos de 1492, año en que, como recordaréis, los judíos fueron violentados y apartados de nuestra común tierra. Entre 1609 y 1614, las deportaciones no cesaron, hasta que en el siglo XVIII los últimos moriscos dejaron de ser una realidad histórica. ¡Cuánta sangría, hermano moro, estimulada por la publicación de la ordenanza de limpieza de sangre en el quinientos! ¡Cuánto dolor al abandonar la tierra en la que se había vivido setecientos largos años! ¡Cuánta incompreensión! De modo que fue imposible vivir juntos. Incluso, con el transcurso de los siglos, hemos renunciado a reconocer y cultivar la ingente herencia del universo cultural arabizado de Al Ándalus, compartido, en convivencia, por árabes, cristianos y judíos. Hemos renegado del patrimonio de la dichosa impureza, de los deslizamientos y la porosidad de la cultura, hasta convertir en motivo de persecución la huella del otro en nosotros: nosotros que nunca hemos sido otra cosa que otros sumados a otros, un precipitado de alteridades. Pero nos hemos ofuscado en encumbrar el desencuentro como método, la pureza como sistema, convirtiendo la cultura española en una obsesiva tradición monógama, tan ortodoxa como impostada, a fuerza de negar confluencias sanguíneas, como ya denunciara Américo Castro o, más recientemente, Juan Goytisolo.

Así, no debe moveros a extrañeza, la incomodidad, cuando no ignorancia, más por lo general, con que nuestra cultura se ha relacionado con la delicada espiritualidad musulmana. Vuestra sofisticada literatura extática suff le prestó no poca lengua y efervescencia a nuestra mística del Siglo de Oro. Pero nuestras deudas son inmensas, variadísimas en todos los campos del hacer y del saber: en agricultura, en tecnología del agua, en literatura, en el léxico, en filosofía, en medicina, en astronomía... Y frente a esa realidad, que debiera ser gozosa, se ha elevado siempre un inmenso precipicio que nos ha conducido al abismo del desencuentro y la negación.

Fuimos, durante unos siglos luminosos, Oriente sumado a Occidente, como ha recordado Luce López Baralt. Nunca tan polifónicos, dueños de tan variadas perspectivas culturales, de saber, como entonces, legado cultural sobre legado cultural, bien imbricado, por lo demás. Una condición caleidoscópica, que, asimismo, impregna la visión antidogmática de la realidad que acoge y ensalza el libro basado en vuestra crónica, gracias a distintas destrezas, muy en particular a la ironía, el discurso paródico, la discontinuidad, el humor y el juego de espejos deformes. En efecto, toda una herencia de estilo de espíritu en el que resuena el latido diverso de vuestra época.

Desencuentro hasta nuestros días, mi hermano Benengeli. Pero hoy no sólo resplandece la sombra del precipicio de Al Ándalus, su incompreensión monumental. El imperio maltrata los flancos de Oriente, hiere sus carnes y atemoriza sus días. Volvéis a ser enemigos de nuestro mundo hético, sin que deba correr por vuestra cuenta la zozobra. Un mundo en cuyo rótulo puede leerse: Fantasía y realidad se confunden sin fin ni misericordia, vengan a consumirla. Porque los príncipes, admirado amigo, imponen, con grande ligereza, su injusticia so capa de pretendida afición a lo contrario, cuando bien se sabe que es la industria del egoísmo y el poder mayúsculo la que mueve su mano, la mano del



gran mercader, en cuyo zoco universo todo se compra y se vende, todo se consume y se expropia, hasta la misma naturaleza de árboles y pájaros del cielo, de nieves del Ártico y peces de los océanos, tan desgastados y corrompidos.

Y luego, los emperadores y sus cortes, vestidos de héroes salvadores del universo mundo, agitan voces y, con mucha gravedad, repiten discursos solemnes, y excitan pretendidas verdades, nombrando a su Dios sin desmayo, y dan órdenes y ecos sin fin de mensajeros y embajadores, de alcahuetes y portavoces, para influir y confundir las voluntades, de modo que todos veamos enemigos y diablo donde su afán de dominio necesita que haya enemigo y diablo. Hasta enfrentar Oriente y Occidente, restando Oriente de Occidente, sustrayendo Occidente de Oriente, haciendo más flaco y menguado nuestro planeta.

Y así se va contando un solo relato deforme como pocos han sido, ni acaso el vuestro, amparado en el abuso de poder, que pretende conducir a los hombres y mujeres todos por un solo y único pensamiento menguado, como rebaño por una misma trocha maltrecha, orillando las muchas pobreza, las desigualdades, las injusticias consagradas, que resqueman los corazones y secan la piel de los cuerpos. Y dejan sin voz, ni siquiera para conjurar el dolor que se añade al dolor agarrado a la gran ubre del dolor humano. Mientras tanto, millones de pobres —no pocos arábigos— abandonan sus flacos países, se expatrian. Echan al hombro su miseria y su desarraigo, cruzando el negro océano en barquillas de papel, si la fortuna les sonríe, o ahogando, tantas desgracias, su esperanza en el plomo abisal, hasta llamar a nuestras opulentas puertas, que se cierran y los rechazan sin fin ni conmiseración, como fuego que se apaga en la hora del hielo y la nieve más cegadora.

Algún antihéroe andante contemporáneo necesitaríamos hoy para atacar nuestros grandes entuertos, para ridiculizar las pasiones endrinas de los poderosos ejércitos innobles y poner a salvo las vidas silenciosas y sencillas de los que sólo cuentan, no cuando desesperan, sino cuando computan su muerte, si acaso. O, mejor, dadnos una luminosa máscara para entendernos, un nuevo manuscrito vuestro, Cide Hamete Benengeli, que hiciera crónica tan clara como corrosiva de la manoseada novela de caballería en que se ha convertido este tiempo del dos mil, porque nuestro mayor problema sigue siendo, mi hermano, distinguir los gigantes de los molinos de viento, la noble verdad de la pérfida mentira, y que, diferenciándolos, no nos confundan el destino ni el rostro de nuestros hermanos, bien desfigurado por la manipulación interesada de los ministros del mundo. Como nos equivocan el sentido de lo cierto las palabras hodiernas, envilecidas, cada lunes y cada martes, a modo de luna creciente, por las voces y el afán mezquino de los imperios, la moneda y sus cohortes. Palabras manoseadas y emputecidas como acémila vieja, que llegan a nuestros oídos y razón cual máscara de la realidad y no como inteligencia, como pellejo trabajado por maestro taxidermista, desventradas y exánimes, torticeras y mentirosas, sin doctrina ética que ampare su crédito y nuestra fe en su amor, tan necesario y afín al ser y a la vida nuestros, como vos bien sabéis, que fuisteis todo verbo dichoso y alma lúcida de flor y fantasía.

Fío, en fin, mi sabio hermano moro, que no desatenderéis mi humilde deseo y me haréis servicio, por más que mi carta, desasistida de erudición y autoridad literaria, esté escrita con resfriado ingenio, mas, así lo distinguiréis, vestida, empero, con nobleza y con la mayor entrega a vuestro indeclinable aprecio.



J O S É L O R E N Z O M O R E N O



“A quien fuere el autor de El Quijote”

Emilio González Déniz

A la atención del autor del Quijote, quienquiera que fuese:

Disculpe que omita su nombre porque, a estas alturas no estoy muy seguro de quien creó al Caballero de la Triste Figura. En las publicaciones, debajo del largo título, figura el nombre de un tal Miguel de Cervantes, posible destinatario de esta carta, aunque él mismo cuenta que el libro es la transcripción de lo traducido por alguien innostrado de la obra *El Quixot* del historiador árabe Cide Hamete Benengeli. Aunque la fuente original se remita a un historiador, lo cual debe dar rigor y veracidad a lo que se cuenta, no hay que olvidar que, en 1605, árabe equivalía a mentiroso, en plena rivalidad con el turco, después de la gran victoria cristiana de Lepanto, que para los turcos fue apenas un incidente, puesto que no sólo mantuvieron su poderío sino que siguieron amenazando Europa y lograron llegar a las puertas Viena. El tal Cervantes debía tener, además, un trauma con los árabes, pues tras haber participado en Lepanto y perder allí su brazo izquierdo, estuvo cinco años cautivo en Argel, lo cual no debió inclinar demasiado sus simpatías hacia el Islam.

En el supuesto caso de que Cervantes, que pudiera ser usted, fuese el autor de la última revisión de esta aventura, es probable que tratase de vengarse de sus carceleros de Argel y fusilara con la pluma, cristianizándola, la historia de Hamete Benengeli, que por otra parte tiene claros anclajes en la tradición narrativa árabe, pues debe mucho a las fantasías orientales de *Las mil y una noches* y en algunos pasajes se pudiera pensar que Don Quijote es Simbad, que en vez de navegar por mares borrascosos se interna en un inclemente mar de tierras llanas como es la región manchega, aunque pocas veces se dice que el caballero y su escudero llegaron a lugares muy alejados de las llanuras de La Mancha, alcanzando el mar, visitando Cataluña e incluso inventando una ínsula de la que Sancho sería gobernador.

Debe saber el autor-traductor-transcriptor de esta historia que los que conocen el libro son apenas una leve representación de quienes conocen a Don Quijote. Este libro se ha convertido en

estandarte de la cultura universal por encima incluso del idioma, puesto que Don Quijote es un punto de referencia obligado en todas las culturas de la vieja Europa, y su rastro llega hasta Japón y China, donde se le conoce como El Caballero Mágico. Y eso es precisamente lo que resulta curioso, puesto que el mundo ha dado en sus milenios obras enormes, desde la *Iliada* de Homero hasta *La Divina Comedia* de Dante, *Os Lusíadas* de Camôens, el *Fausto* de Goethe o la gigantesca e insoslayable obra de Shakespeare. Pero ni Ulises, ni Hamlet, ni Fausto han alcanzado esa tremenda universalidad a todos los niveles de Don Quijote, que abarca lo más culto y lo más popular, montado en un jamelgo flaco y con una conducta que hoy lo haría carne de psiquiatra. No se comprende este fenómeno, pues si le preguntamos a un tailandés por Otello, Edipo, Electra o Madame Bovary (y mira que son capitales las obras y grandes sus autores), probablemente no lo sepa, pero sí sabrá de Don Quijote mucho más que de Don Juan, de Tristán e Isolda, o incluso que de Jesucristo.

¿Es esta sacralización obra de una sola persona? La lista celebridades que han puesto en un altar al cabalgador manchego sería interminable: españoles como Fernández de Navarrete, León Máinez, Astrana Marín o Pellicer, románticos ingleses como Carlyle o Boswell, alemanes de la talla de Goethe, rusos como Turgeniev o Pasternak, además del ruso-americano Nabokov, toda la Generación del 98, novecentistas como Ortega o Américo Castro, y un rosario de estudiosos o escritores desde Francisco Ayala a Camilo José Cela y desde Francisco Rico a Vargas Llosa. A lo mejor Borges tuvo razón al decir que *El Quijote* lo había escrito un tal Pierre Menáud, uniendo en este nombre a todos los comentaristas de la obra pasados y por venir.

La gente sabe del Caballero, de su caballo y de su escudero, porque incluso se ignora con frecuencia a Rucio, el asno de Sancho. Hasta la figura de Don Quijote está muy lejos de haber sido creada por Cervantes, el traductor, Benengeli o la fuente lejana de las fantasías orientales. Fue el dibujante francés Gustave Doré el que materializó físicamente al caballero en sus ilustraciones para el libro en el siglo XIX, y a partir de entonces escultores, pintores, ilustradores, dramaturgos y cineastas han perpetuado la imagen creada por los dibujos de Doré. ¿Cuántos saben del Caballero de la Blanca Luna, las Bodas de Camacho, la Cueva de Montesinos, el Caballo Clavideño, el Caballero de los Espejos o la Cabeza Encantada? Y eso es lo que se ha mitificado, un icono dibujado por Doré y la certificación de los eruditos en treinta lenguas que dicen que es maravilloso un libro sobre un caballero loco que se enfrenta a unos molinos, que vaya usted a saber si en verdad eran gigantes y llenaron después La Mancha de molinos.

Se nos ha privado de la valoración que merece un autor como Miguel de Cervantes, que creó el género de la novela corta con sus *Novelas ejemplares*, la ciencia-ficción con *El Licenciado Vidriera* y puso las bases del teatro posterior al barroco en sus consideraciones dramáticas vertidas en el prólogo de *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*. Menos mal que, aunque nadie lo escribiera, porque si es mágico tiene la capacidad para aparecer de la nada, *El Quijote* es un texto que merece la

pena leer por el puro gusto de la invención literaria, sin idolatrías ni fanatismos; pero es sólo una buena novela, y puedo admitir hasta que de las más recias e influyentes que existen, o incluso la mejor de todas. Pero es eso, sólo una novela, y en ello radica su grandeza. No es un libro sagrado, porque si lo fuera no tendría mérito.

Atentamente

Emilio González Déniz

Las Palmas de Gran Canaria, 050505





“A la atención personal del
Hidalgo Caballero Don Alonso Quijano.”

Calle de la Alameda, s/n

En un Lugar de La Mancha, cerca de Argamasilla.

Antonio González Padrón

Mi bien estimado amigo, digno de toda consideración:

Después de mucho tiempo de no tener noticias de Vuestra Merced, bien porque nada me dijeron o porque yo no volviera a leer lo que de Vos escribió ingeniosamente don Miguel de Cervantes Saavedra, me asaltaron, de nuevo, las dudas que confieso siempre tuve sobre vuestro supuesto final.

Mi buen amigo y entretenedor en estas lides de las letras impresas, don Andrés Trapiello, oriundo de Manzaneda de Torío, allá por las tierras leonesas, tuvo a bien comunicarme sobre lo que sucediera, según su parecer, *Al morir don Quijote*, a través de una notable novela que adquirí a 17 euros, maravedíes de ahora, en la madrileña Cuesta de Moyano. Pero créame, no quedé yo contento con la explicación dada; y aunque capítulo a capítulo se diera toda suerte de detalles sobre su marcha de este mundo, y lo que unos y otros hicieron y dijeron en tal trance, paréceme a mí que forzado fue el fin que a tan ilustre amigo le dieron, como repitiendo en forma de jaculatoria el viejo dicho “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”. ¡Por qué se empeñaron los Señores de Cervantes y de Trapiello en condenar a muerte a quien por nacimiento, obra y gracia del Supremo Creador, es de naturaleza inmortal!

Al confesarme fiel hijo de la Santa Iglesia Católica Romana, niego la posibilidad de la reencarnación, pero también como heredero legítimo de los Señores Montesquieu, Voltaire y Rosseau, la Razón me dice que no hay mayor sinrazón que empeñarse en volver, una y otra vez, a esta imperfecta existencia, fuente inagotable de infelicidad, pudiendo partir sin mayor traba a otra de superior estado. Ahora bien, sí es tradición popular, admitida por gentes de todo origen y proceder, el creer a pies juntillas en la existencia de fantasmas, duendes y demás entes que con apariencia humana habitan entre nosotros; pero, ¿no es la fama fórmula mundana de superación de la muerte, que es el olvido? ¿Acaso la imitación de gestas y proezas de santos, conquistadores, descubridores, etc, no es manera de asegurarnos el recuerdo entre nuestros iguales? Pues todo esto me bulle en prolongado paroxismo intelectual,

desde que en mis años mozos tomara en mis manos Vuestra Vida por primera vez. Entonces pensé: cuando la realidad te agobia y empequeñece, ¡viva la fantasía!

Mi buen amigo Don Alonso: somos muchos los que creemos que para pasar por esta vida inmaculados más nos valiera estar locos que cuerdos. Vos así lo entendisteis; y tras perder la batalla, que no la honra, con el Caballero de la Blanca Luna, decidisteis volver a vuestro hogar, y allí, recobrada la cordura, preferisteis desaparecer de esta mundanal vida. He dicho, y bien, desaparecer, que no morir, pues este Cronista da fe de que en otro lugar, en medio de una feraz campiña, conocida otrora por la Vega Mayor, en la Ciudad que dicen de Telde, antigua Sede Episcopal, primera de las Islas de la Fortuna, en el pago de los Llanos de Jaraquemada, en la rua de San José, vivía no ha mucho tiempo, un hidalgo caballero, que a bien tenía, invertir vida y fortuna en todos aquellos que lo necesitaran, exigiendo mucho de sí y muy poco de los otros. El lema de su blasón rezaba: “Amaré a mi Dios, sobre todas las cosas, y al prójimo siempre más que a mí mismo”. Cerró sus ojos este nuevo Quijote el 29 de abril, día de San Pedro Mártir de Verona, de 1990. Era domingo y la noche dejaba paso al día. Esa misma tarde, cuando su cuerpo era entregado a la fría matriz de su sepulcro, se oyó una voz que decía: “Hijo mío, si bien me quieres, me debes hacer un postrer favor el día que yo muera: adquiere para mi ese nicho que vacío está, frente al que hoy pasa a ser ocupado por mi señor, pues yo quiero reencontrarme con él en el momento mismo que las trompetas llamen al Juicio Final”. Así habló aquel escudero que durante más de sesenta años guardó las armas a su amo, confiando siempre en él, sin esperar a cambio llegar a ser algún día gobernador de alguna Ínsula de Barataria.

Por todo lo arriba explicado, mantengo, ¡vive Dios!, que Don Alonso Quijano no murió un caluroso día de octubre de 1614, pues Quijotes ha habido desde entonces y habrá por siempre para bien de esta desdichada humanidad.

Fdo. Antonio María González Padrón.

Cronista Oficial de la Ciudad de Telde.

Presidente de la Junta de Cronistas Oficiales de Canarias.

MARÍA CASTRO



María Castro / 2005

“A la biblioteca de Don Alonso Quijano. In memorian”

Eduvigis Hernández Cabrera

Estimados libros:

Es de todos conocido que vuestra fue la culpa de que don Alonso tuviera su propia historia. Por imitaros salió a cabalgar, y con ello el resto de los mortales asistió al relato de sus andanzas, venturas y desventuras.

Todo mal que le aconteció, y quizá algún bien que le hiciera gozar, provenía sin duda de haberos leído, y lo que es más grave aún, creído y hasta venerado. Aguzasteis su imaginación despertando el delirio y la aguda memoria vino a ocupar sus pensamientos. He aquí, pues, vuestro principal mérito: perdurar en el recuerdo por los siglos de los siglos, mediante las palabras. Don Alonso fue el primer hombre-libro mucho antes de que Bradbury los inventara. De nada sirvió que el cura y el barbero ejercieran su particular inquisición arrojándoos a la hoguera. Ya estabais dentro suyo, grabados a distinto fuego cual pasión que anidase en su alma.

Los esquilados u ocultos tampoco fuisteis olvidados -¿cómo, queridos Tirante y Amadís, Diana y Galatea, os iba a traicionar el caballero? Pues traición es no ser fiel a sí mismo, a los amores contraídos, y mudar según las épocas te lleven.

No era de mudanzas el hidalgo, quien describió a su adorada Dulcinea cual si la hubiese leído. Porque convirtióse Quijano asimismo en autor, desde que decidió con su vida vivir aventuras escritas y aun de modo más intenso, veraz y afanoso que los héroes de papel. Y se expresaba y razonaba con los giros y maneras que vosotros le imprimisteis, siendo así que semejaba escribir o leer algo escrito cada vez que hablaba. De esta guisa fue también eso que ha dado en llamarse lector creativo, aquél que completa, por activo de imaginación y sentimiento, la historia que le cuentan. Es más, cometió la

tremenda osadía de inventarse, inventando lo que deseaba le ocurriese. Si fue persona, vino a dar en personaje, condición inefable para ejercitar la libertad y alcanzar luego una existencia plena.

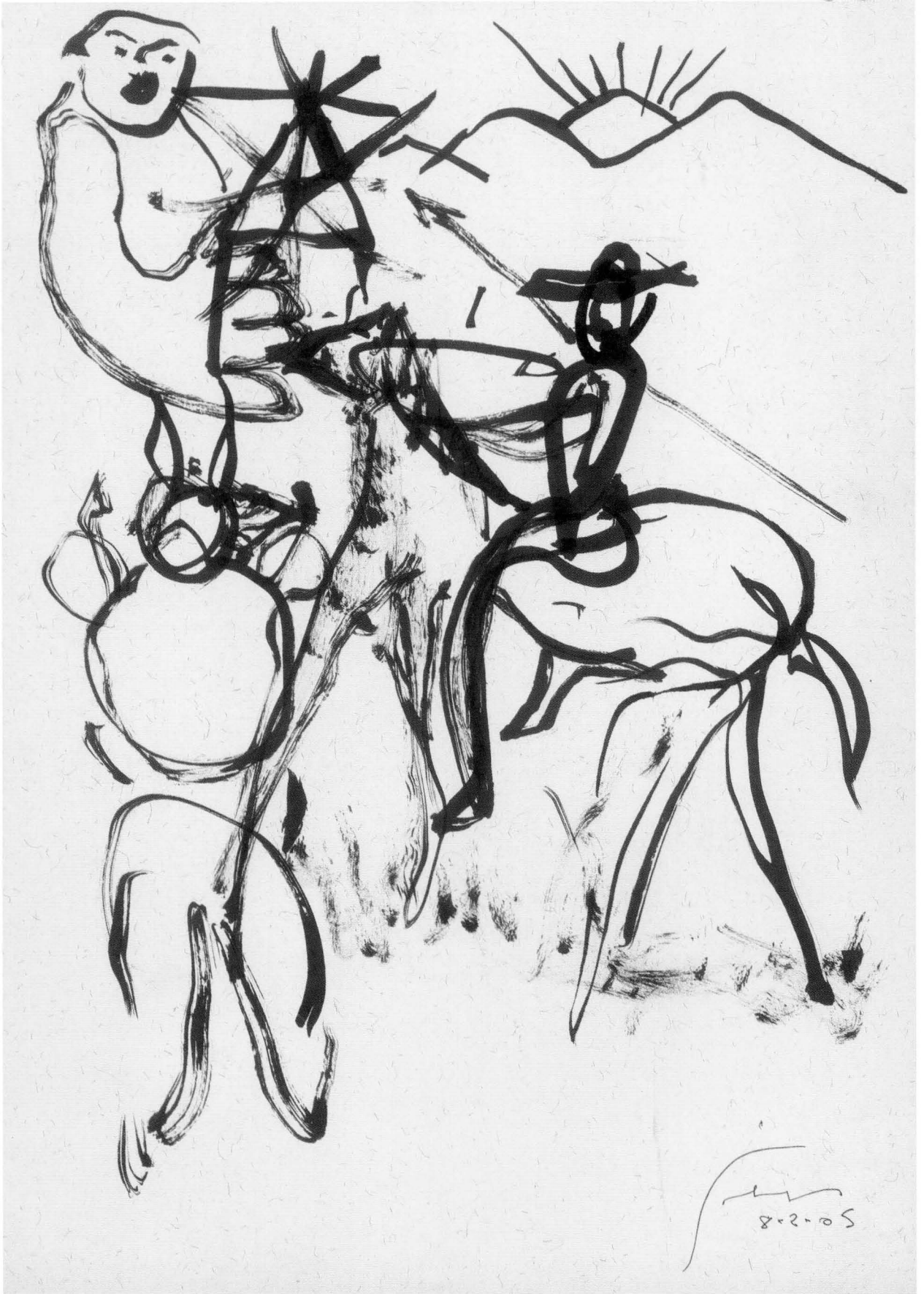
Por todo ello, preguntaros qué fue de vosotros, los que ardisteis y los que no, se me antoja cuestión baladí y harto caprichosa.

Ningún fuego llega a dañaros ni hay pozo tan profundo que os trague para la eternidad. Ni la oscuridad ni el polvo os transforman en pérdida, ni que os arranquen páginas puede perjudicaros más que en mínima medida. Quien os lee, relee y recuerda, os otorga fe de vida para siempre.

La palabra escrita adquiere cuerpo y sentido cuando es leída, y la memoria, quiéralo o no, toma buenas notas de lectura, insistiendo y persistiendo al conformar mente y espíritu. Quien lee conoce varias vidas, y ya no sabe ni quiere saber dónde empieza o acaba lo vivido y lo leído.

Muchas gracias por contribuir al nacimiento de ese libro de libros, novela de novelas, historia de historias, donde don Alonso hallóse Quijote.

J E R O M A L D O N A D O



“Epístola a Don Miguel de Cervantes Saavedra, Príncipe de las Letras Españolas.”

Germán Jiménez Martel

Estimado Señor Mío:

Ha día de hoy del año 2005 se festeja en toda España el cuarto centenario de la primera edición de su magna obra “El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”. Nuevas realidades se han desentrañado de su gloriosa novela Señor Cervantes, y en la actualidad sigue generando múltiples estudios, más que ninguna otra novela en el mundo. Este acontecimiento está siendo celebrado en las ciudades más importantes de nuestra Patria, y más allá de allende los mares, de la misma manera que el anterior centenario, razón que ha motivado la presente epístola. Permítame don Miguel la licencia para narrarle las motivaciones y los actos preparados en aquel tercer centenario, y de forma más concreta, los eventos festivos en la ciudad de Telde, de la isla de la Gran Canaria, de la que soy nacido.

La repercusión cultural que su novela ofrecía en 1905 le sorprendería don Miguel. Así, desde el año en el que se publicó hasta 1905, el *ingenioso hidalgo* sumaba más de quinientas ediciones. De ellas 193 en idiomas y dialectos ibéricos; 142 en francés, 84 en inglés, 39 en alemán, 14 en italiano, 10 en holandés y 10 en ruso. También los húngaros y daneses hicieron tres ediciones respectivamente, dos en griego y otras tantas en sueco y bohemio. Así como una en croata, una en servio y otra en polaco.

Mi señor de Cervantes, el Quijote inspiró con verdadero regocijo asimismo a las musas de las Bellas Artes. Muchos pintores tomaron más de 600 motivos para sus cuadros, los grabadores habían compuesto 2.800 dibujos, los escultores más de 500 monumentos en estatuas y bajorrelieves.

Prosiguiendo con mi relato de los acontecimientos, la celebración se desarrolló también en 115 ciudades españolas, 212 de las Indias y 31 extranjeras. Estas cantidades le resultarán abrumadoras Maestro, pero como autor del libro más grande escrito en lengua castellana se ha convertido, con el devenir de los tiempos, en el orgullo de nuestra amada España.

Don Miguel, las celebraciones de tan grande efeméride tuvo asimismo un carácter de resurgimiento y reanimación nacional en aquel año. En esos momentos España estaba aún de duelo. ¡Oh, mi señor Cervantes!, aquel imperio en el que nunca se ponía el sol comenzó a eclipsar a principios del siglo XIX. La mayoría de los territorios de las Indias comenzaron a convertirse en naciones, independizándose de la madre patria. Solo una pequeña parte recordaba a los españoles aquel esplendor territorial, jamás conocido por nación alguna en el Viejo Mundo. Vuestra Merced se sorprenderá por lo que le estoy mencionando, pero los herederos de aquellos ejércitos imperiales y sus victoriosos tercios, que tanta gloria dieron a España, y en el que vos servísteis, perecieron ante el empuje de múltiples acontecimientos, tanto en el solar patrio como en las colonias. En 1.898 dichos territorios eran las islas de Cuba y Puerto Rico, en las Indias Occidentales, y las islas Filipinas, de las Indias Orientales. La energía y juventud de los Estados Unidos de América, nación surgida de las trece colonias inglesas al septentrión del Virreinato de Nueva España a principios del XVIII, derrotó a nuestros valerosos soldados.

Lamento muy de veras, Señor Cervantes Saavedra, tener que manifestarle tan malas nuevas. Créame si le digo, que ese mismo dolor me invade cada vez he de explicar tales acontecimientos a los estudiantes y futuros bachilleres.

Como le indiqué anteriormente, muchas fueron las ciudades que participaron en la realización de actos festivos tan cultos en pro de vuestra persona y obra literaria. Entre ellas Telde, ciudad a dos leguas de distancia al medio día de Las Palmas, y a media legua de la costa del mar, que mira hacia el oriente. En los años en el que Vuestra Merced escribía las aventuras del ingenioso hidalgo, Telde ya contaba con casas en buen número, arruadas y con buenas calles.

En 1.905, concretamente el dos de marzo, el vecino Don Luís N. Collado Ramírez, vocal de la Junta Local de Instrucción Pública informó al ayuntamiento acerca del tercer centenario de vuestra importante novela. Solicitó que la Junta de Instrucción, asociándose a las personas valiosas de la localidad y sociedades culturales, acordase solemnizar tal efeméride. Veinte días más tarde se creó una comisión constituida por las damas y caballeros más cultos de la ciudad. Se los citaré seguidamente Maestro; los miembros de la Junta Local don Joaquín Romero, el presbítero Manuel Calderín y Luís N. Collado. Se asociaron asimismo a tan grande acontecimiento el Capitán Perfecto Serrano Rodríguez, el Teniente Ricardo Ciudad, el Inspector de Sanidad Manuel Miralles; y los Profesores de Instrucción Pública Leonor Viera, Marcelino Estupiñán y Manuel González. Tras detenida discusión prepararon el interesante programa que se desarrolló de la manera siguiente:

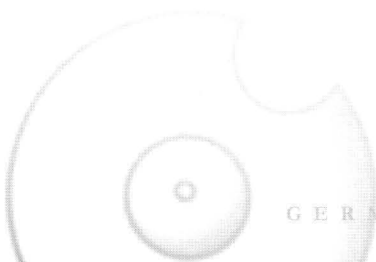
El *domingo 7 de Mayo* se repartió una edición de su novela a todos los estudiantes de ambos sexos de la localidad. Por la noche, procediose a la iluminación general y cabalgata alegórica del Quijote, que partió de la Plaza Mayor, llamada de San Juan, recorriendo las principales calles de Telde. En ella destacaban las dos figuras protagonistas de su magna obra. Ambos eran acompañadas por jóvenes a caballo vestidos a la usanza española de los tiempos que inspiraron las aventuras y desventuras del hidalgo caballero.

El *día 8*, a las ocho de la mañana, se celebraron funerales en la parroquia de San Gregorio Taumaturgo por el eterno descanso de su alma, don Miguel. Por la noche, admirado maestro, comenzó una hermosa velada literaria en los salones de la escuela de niñas de San Juan, dirigida por la profesora e ilustrada señora Leonor Viera y Viera. El admirable entusiasmo de dicha dama le llevó a preparar unas actuaciones agradables y variadas. Así, las niñas representaron un monólogo titulado *Magdalena*. Luego recitaron y dialogaron algunos pasajes del Quijote, cantando y coreando himnos y canciones diversas.

El *martes 9* tuvo lugar la velada literario musical en la sociedad “La Unión”. Fue, Señor Cervantes, el acontecimiento más importante de esta fausta efeméride. Al acto acudió mucha concurrencia y estaba compuesto de tres partes con varios números musicales. Hicieron uso de la palabra primeramente los señores Luís Collado, Perfecto Serrano, Francisco Mendoza, Zoilo Padrón, canónigo de la catedral de Nuestra Señora de Santa Ana, y Ricardo María Placeres, que además leyó unos hermosos discursos del presbítero Eladio Suárez y el médico Manuel Miralles.

La parte musical estuvo a cargo de las damas Cesarina Serrano y Catalina de Sena Collado. Tras finalizar la dicha Cesarina y Juan Hernández, con Juan N. González, Ricardo Placeres, Antonio Sánchez y Ricardo Ciudad, pusieron en escena el drama del escritor José Echegaray -que había sido laureado recientemente con el grande premio Nobel de Literatura-, titulado “El primer acto de un drama”. Seguidamente la señorita Serrano leyó una poesía dedicada a Vuestra Merced.

Mi señor de Cervantes, a pesar que nuestra localidad era escasa en recursos, organizó las fiestas más cultas de la Gran Canaria. Desgraciadamente en estas tierras abundaban, y a fe mía, que todavía siguen siendo muy numerosos los *sanchopanzas* vestidos con lujosos ropajes de sedas, que desconocen la importancia de las efemérides para una nación. Pero como vuestra merced sabe muy bien, los españoles somos gentes de contrastes negativos. Celebramos para acentuar la crítica a nuestras glorias con un cierto aire satírico y burlesco. Pero creo que este cuarto centenario va a ser diferente. Atinaremos ha honrarle, don Miguel, que ha dado al mundo una de las mayores alegrías con su don Quijote.



Con la esperanza que la divina providencia nos provea de salud suficiente, me complacerá remitirle otra epístola con la crónica de lo acontecido en el presente aniversario en la ciudad de Telde.

Que Dios os guarde en la memoria de nuestra grande patria.

Licenciado G. Teldense del Calero y Viñas.

Cronista de Historia y Geografía.

Germán Jiménez Martel

P A C O S Á N C H E Z



P. Sánchez 05

“En La Mancha tenía que ser”

León Barreto

Querido Miguel: Disculpa que me dirija a ti con tamaña familiaridad, pero –por llevar cuatro siglos en el Parnaso- te has convertido en un ser inmaterial, una especie de maestro o tutor que nos contagia a todos de una inusitada fuerza, de una razonable locura. No en vano ya perteneces al mundo superior de los espíritus iluminadores casi en la misma medida que los santos, y por lo tanto puedes y debes ser invocado con la misma devoción que ellos.

En La Mancha tenía que ser donde imaginaras las andanzas trágicas, filosóficas y cómicas de Don Quijote y Sancho con su Dulcinea y su boticario, con la biblioteca de caballeros andantes, una buena tropa de barberos y clérigos. En ese páramo horizontal de leves ondulaciones a las que les cuesta trepar hacia las serranías y rectas larguísimas a través de las cuales apenas contemplas planicies de secanos, cultivos de cereal, viñas y olivos; allí donde los arroyos van secos y los ríos no tienen cauce, en esa enorme planicie que va desde Consuega a Campo de Criptana, de Puerto Lápice hasta El Toboso, de Argamasilla de Alba a Las Lagunas de Ruidera, desde Almagro a Villanueva de los Infantes, donde por cierto algunos catedráticos han resuelto que ubicaste el lugar de donde partían las aventuras de tus héroes. Con devoción hemos recorrido algunos de tus caminos, atravesamos pueblos blancos, tan silenciosos y despoblados que parecen muertos, nos apartamos de las rutas principales para indagar desde la cueva de Montesinos hasta la de Medrano, donde dicen que estuviste preso y concebiste la genial idea de echar a andar al Caballero de la Triste Figura con la increíble intención de deshacer entuertos, defender a los débiles y combatir la ignorancia que en aquella España originaba episodios de vergüenza, de algunos de los cuales no nos hemos alejado del todo a pesar de los cuatro siglos transcurridos.

En La Mancha, sí, en esa especie de isla agachada y casi invisible como San Borondón, donde la gente casi no está, donde incluso los perros parecen dormir a la entrada de los caseríos, donde las mujeres vestidas de lutos cruzan sin querer observar al forastero, donde la España rural sale a nuestro encuentro con su carga de sueños, crueldades y renunciadas. En la vastedad de un territorio donde palpamos

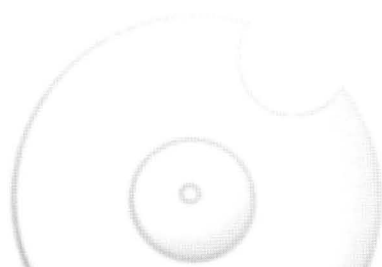
la insularidad de una forma impensable, una sensación de estar fuera del mundo que resulta sorprendente. Igual cuando en la famosa Venta donde Don Quijote fue armado caballero, y te encuentras una pareja de profesores norteamericanos de español, tan empeñados en seguir tus huellas y las andanzas de tus personajes que en verdad percibimos tu universalidad a la vez que un cierto complejo de ignorancia. Pues estas gentes algo rudas pero sabias en refranes y usos populares de siglos que viven en los pueblos y las aldeas de Castilla-La Mancha sin duda están contagiadas de tu espíritu, poseen tu misma vibración pero ¿acaso han leído las aventuras y desventuras de tus héroes?

Mucho me temo, querido Miguel de Cervantes, que unos y otros no estemos a la altura de la circunstancias. Los políticos y los asesores culturales, porque una vez más han inflado presupuestos para saraos y divertimentos sin saber muy bien para qué lo hacían. Mejor dicho: sí que lo sabían. Para salir en el telediario y pretender immortalizarse la foto, que tanto les encanta a ellos, profesionales de estas cuitas de la apariencia. Pues los anglosajones, sin duda más prácticos y aplicados, conocen al dedillo las citas de ese otro gran escritor del universo que es William Shakespeare, por cierto entró en el paraíso de los inmortales el mismo 23 de abril que tú lo hiciste. Con la diferencia de que ellos manejan las citas de su gran autor como si fuesen salmos de la Biblia. Y en cambio nosotros ¿cuántos hemos tratado de penetrar en ese mundo tuyo, sin duda más rico y abigarrado de lo que parece?

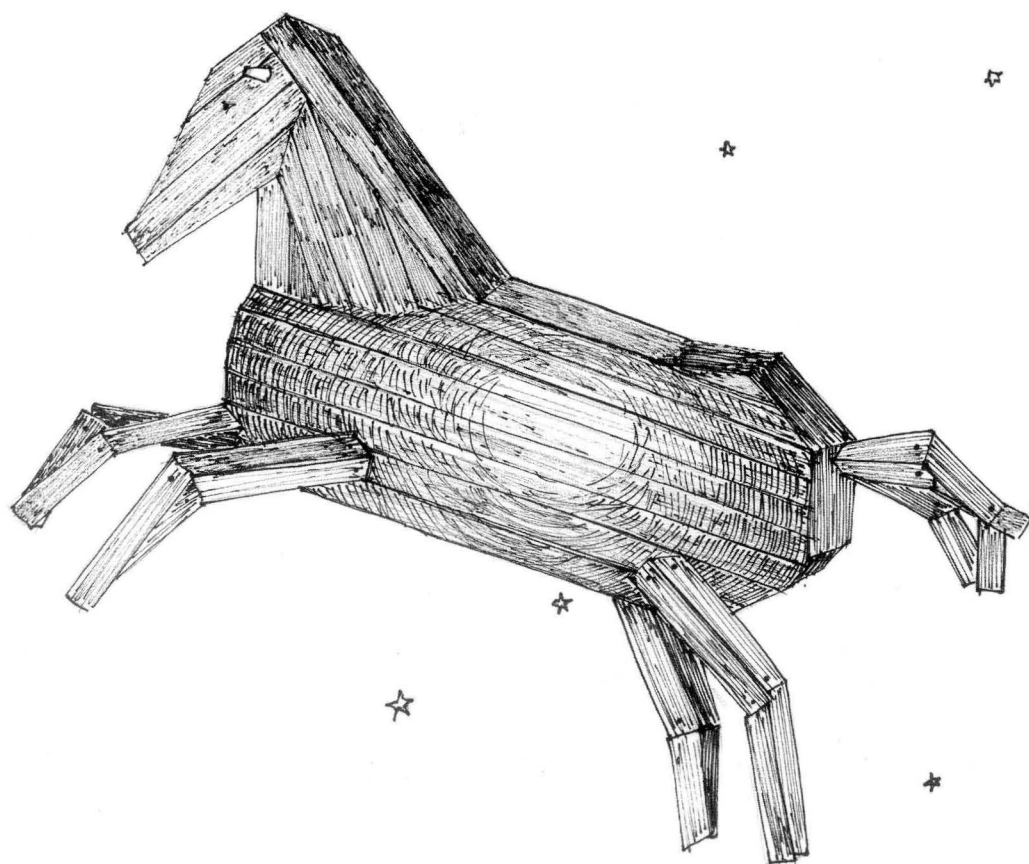
Los territorios de La Mancha son ahora mismo páramos de escasos encuentros, con cruces de caminos desvanecidos pues sólo andan por estos lugares criaturas de ficción, seguramente más sabias que las de carne y hueso pero más difíciles de localizar. En Argamasilla de Alba, por ejemplo, nos costó Dios y ayuda ubicar tu huella. Nadie sabía, nadie estaba enterado, hasta el punto de que nos decían que preguntáramos en el ayuntamiento. Y así nos ha ocurrido en otros senderos, poco señalizados. En definitiva: La Mancha aguarda su redención, que ojalá también sea la tuya, y a partir de entonces puedas crecer en las conciencias de este pueblo sufrido, resignado, algo tosco y levantisco, desconfiado pero amigo de vivir la calle en cualquier momento del día y de la noche, gente con ganas de dormir la siesta pero también de comunicarse hablando hasta por los codos con el prójimo que acaba de conocer, un pueblo de hidalgos venidos a menos y de Sanchos enriquecidos por los servicios turísticos de la noche a la mañana, un pueblo de insolidarios en el que cada cual que se las ventila como puede, una colectividad de sangres mezcladas hecha con el ardor de invasores fenicios y griegos, romanos, visigodos, árabes, judíos y cristianos viejos. Un pueblo hecho con la suma de otros pueblos que muchas veces se ha dejado seducir por la tentación de ejercer intolerancias pero con brotes de genialidad creativa, como tú mismo pudiste demostrar.

La Mancha es el corazón de cada uno, una parte de nuestra alma todavía conturbada por viejas peleas de la tribu que probablemente se resolverían si saliéramos campo a través a encontrar a gente como tú capaz de hacernos reflexionar sobre las cosas más elementales, que suelen ser las que más calan en las entrañas. Por eso, Miguel, en ella te refugias de tus penalidades y grandezas, de tus estancias en la cárcel y de tus huidas, de los encantamientos de Merlín y de toda tu corte. Por eso,

querido y admirado Miguel, todos quisiéramos ser dignos de considerarnos hijos tuyos, discípulos y admirados lectores, loquinos y utópicos como toda tu gente, un punto desvergonzados y sobre todo soñadores de un mundo mejor.



SUSANA REQUEÑA LAGO



SR

“Don Miguel, siéntese en esta piedra.”

Sergio Domínguez Jaén

No sé que decirle a estas alturas de la historia pero me pongo a ello como si lo tuviera delante. Podríamos hablar de tantas cosas... ha cambiado tanto el paisaje y el paisanaje que antes frecuentábamos, que no sé yo si podremos llegar a entendernos. Aparte de algunos términos del castellano que usted tan bien utiliza poco nos ha llegado digamos de aquella gente tan real como la Ínsula Barataria.

Ahora, teniéndolo aquí mismo, me viene a la cabeza un profesor que tuve, monje trinitario él, que eran los que pagaban rescate por los cautivos por los musulmanes y que pagaron por usted algo más de 500 escudos y que a cuenta de esto nos contaba que en la actualidad, pasa lo mismo que en el tiempo que y usted estuvo recogiendo datos en Argel, que entre más pagaban más secuestraban, bueno como ahora en Sudán y por ahí en esa África que usted padeció y la historia se repite: a más rescates mas secuestros.

Y entrando en un asunto que siempre le interesó, dírele que por aquí la literatura ha cambiado mucho y que las novelas de caballería que tanto le gustaban y releía hasta la extenuación se han renovado de manera exitosa. Ahora le ha dado al mundo literario por publicar novela histórica, pero no como aquellas de antes, las que usted no frecuentó, sino que le ha dado por el misterio y el misterio alrededor de la iglesia católica y sus evangelios, con los apócrifos, con lo cátaros, con María Magdalena, con Tomás, con Judas, con prioratos de Sión, con no sé... tanto ha llovido que ya no sé que es lo que tienen entre manos.

Si usted se pasease por las imprentas...ahora son grandes almacenes donde puede encontrar un libro que le ayude a escribir otro Quijote más o menos como el suyo y me refiero a la extensión de la obra ya que *Quod Natura non dat Salmantica non praestat* en fin que le cuento que hay libros que se nominan novela histórica y ya no saben qué hacer para vender... con decirle que algunos de esos libros ya se han vendido más que su *best seller* y ahora andan a la caza y captura de otro filón, pero no el de Alejandría que se esforzó tanto o más que usted, entre alegoría y analogía para intentar que de una

primeriza vez la filosofía y la teología se dieran la mano aunque por unos siglos, que ahora la cosa está que arde...con decirle que han decretado el final de la historia.

En esto de la literatura fantástica y de novela historizada entreverada de masones, guelfos y gibelinos, merovingios y masones, recuerdo que allá por su época salían de ahí de un poco más allá de su inexistente utopía, la mejor escuela que dará España de teólogos y cómo no, el primer intentó serio y avanzado para sentar las bases del derecho internacional y también de los derechos humanos.

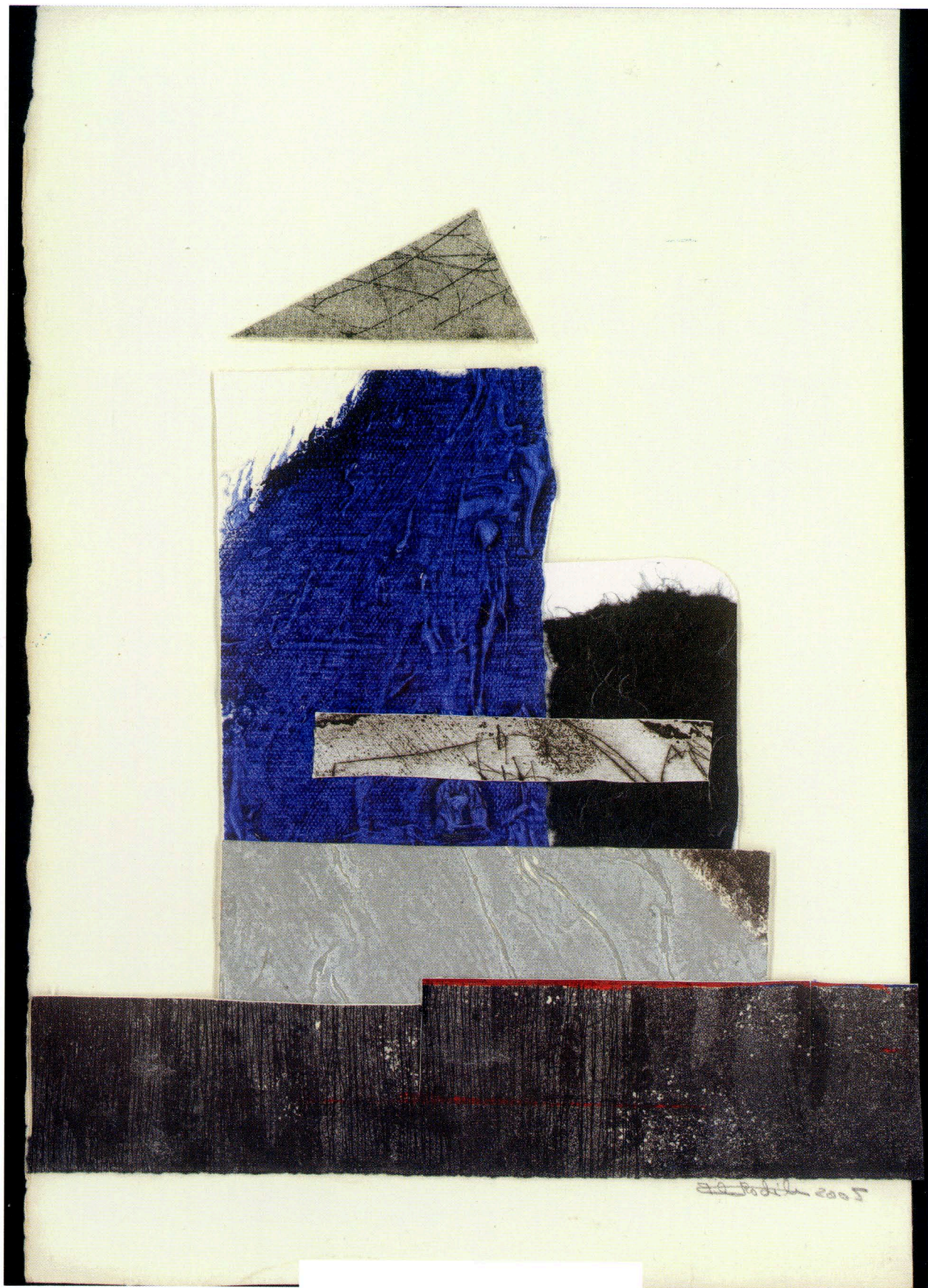
Bien, de todo esto no se ha novelado como se debiera y claro así estamos tan acomodados que no tenemos más pilares que los de la tierra y así que son como novelas o novelitas.

Direle que algunos piensan, dicen en voz alta y también lo pergeñan, que eso no es literatura sino entretenimiento o qué sé yo de más cosas que se dicen; pero bien mirado para mí que es pura envidia por no haber hecho ellos mismos algún librito de estos que los sacarán del sopor de la novela posmoderna y del relato fácil y dieran con un tema recurrente, con toques clásicos y tradicionales que pusiera al lector en alerta para entretejerlo de intriga histórica con minúsculas valga esta expresión para recordar la divulgación que en su etimología viene a decir que es vulgar o sea prosaica que en su etimología viene a decir que es prosa o que en su etimología quiere significar algo así como ...pero bueno le diré que la isla sigue en su sitio con gobernadores púdicos en lo público, impúdicos en lo privado como ha de ser y mire por donde ahora leo las últimas listas el *"bite parade"* de los libros y me encuentro que escritores que casi habían seguido su senda de grandes narradores como García Márquez, Borges, Vargas Llosa o yo que sé.. Canetti, Alejo Carpentier o Mujica Láinez, están en los últimos puestos, estando los primeros ocupados por novelas de las que antes le hablé, que son el pan nuestro de cada fin de semana.

No se levante, ande y quédese ahí que esto no está para andarse cogiendo frío en las latitudes continentales, como yo que no salgo del asombro de las medianías.

Orlando, el suyo sigue tan furiosos que le han salido instigadores y copiadotes, Lanzarote sigue ahí cabalgando su jamelgo... que diga el jamelgo ara el suyo, supiera pura sangre inglés y en fin el mundo parece más difícil de vivirlo.

P I L A R R O D I L E S



A don Alonso Quijano “el Bueno”,
hidalgo de solar de cuyo nombre no quiero acordarme,
baja estofa, febril lectura, aciagos hechos,
hijo putativo del remitente,
amo sin clara ama, tío sin clara sobrina.

Victoriano Santana Sanjurjo

Dos palabras, no más, para contarle lo que de buena gana le hubiese dicho en dos años, o doscientos, si tantos pudiésemos vivir; pero escasas fuerzas me quedan ya en el crepúsculo de este día, empleado en la salvación de lo que me queda de mi alma y en la despedida a don Pedro Fernández de Castro, de quien fui un muy aficionado criado.

Enterado quedo de su fama y no sabe usted bien hasta qué punto ello me alegra; tanto, que bien pudiera ser que mi silencio hiciese más en pro de ella que mis palabras. Pero en estas horas de recogimiento y resignaciones, no es el verbo mudo el que ha de aliviar los desencuentros del ánimo, sino la confesión desnuda y descarnada que antes del alba ya debo mostrarle porque no están mis ojos para ver muchos más amaneceres. Hace días que profeso bajo el manto de la Orden Tercera de San Francisco; mi sudario se guarda en la única cómoda de mi hogar, ya está planchado; los amigos se van despidiendo y todos aguardan a que la última mate porque no quedan ya de las que hieren.

He podido callar, mas no hubiese sido justo. Ya nada tengo que perder porque todo lo perderé dentro de poco: he callado mucho y sufrido no poco, y he llegado a la dársena de mi vida sin equipajes que portar ni moneda con la que pagar el trayecto. Nada soy y nada tengo salvo mi *verdad* y no está esta para pudrirse en los mentideros que, con mi fin, acabarán transformando en regocijo lo que nació de mis disgustos. Sé que bajo tierra seré su humo, su polvo, su sombra...

Será Vd. el fruto más bello de las Musas, pero yo soy el árbol. El uno no puede nacer sin el otro y el otro no necesita del primero para ser. Sr. Quijano, sépalo ya, usted no es usted, sino yo. A mi imagen y semejanza lo modelé, sus rutas fueron las que yo quise que fueran, sus ungüentos mis deseos de dejarle con vida, su fin el mío.

Si usted enloqueció fue porque loco ya estaba yo y si transformó los molinos en gigantes fue porque el gigante imperio me golpeaba una y otra vez con sus aspas. Si lo hice caminar por los caminos

que anduvo fue porque en esos mismos caminos anduve yo y si lo dejé en tierra y no dejé que sus famélicos brazos combatiesen en América, donde hubiese encontrado auténticas aventuras, fue porque no quise, como otros no quisieron que allí estuviese yo.

Pude hacerle valiente ante los bandoleros catalanes; hacer que muriera despeñado, golpeado en cualquier caída, malherido en cualquier refriega pastoril. Pude darle otra familia que no fuese la mía: su ama, mi esposa; su sobrina, la mía, hija de mi hermana Constanza, fruto de los malos amores, las promesas incumplidas y las preocupantes liberalidades.

Sus éxitos, Sr. Quijano, fueron los míos: escasos, insatisfactorios, sin reinos que ganar, sin tronos que regir. Su fracaso fue el mío y de todos, el más grande: en Barcelona, frente al Mediterráneo, frente a las costas que me vieron partir aquel lejano 69 del siglo pasado, las que vieron coartada mi libertad y me condujeron a los grillos, las que vieron mi regreso, las costas que ningún Moisés se atrevió a abrir hace nueve años para que con paso cansino recuperase, bajo el manto del conde de Lemos, los recuerdos napolitanos que ya se me agrietaban en los baúles de la memoria.

No me guarde rencor. No salió de mi espejo para triunfar ante el mundo, sino para que purgase los demonios que me corroían las entrañas. No esperaba de usted nada, Sr. Quijano. No nació para salvar al mundo, sino para salvarme a mí. Y le maté porque con su fin llegaba el mío y no era bueno que el remedio curase a otro enfermo que no fuese yo. Usted fue mi placebo y mi terapia, yo su paciente y verdugo.

No olvide, Sr. Quijano, algo que usted y yo sabemos desde hace mucho tiempo; recuerde, dondequiera que esté, que los sueños son los versos de una canción sin fin, los ecos de nuestras palabras, las sombras de nuestras acciones; posiblemente, la realidad que vivimos y compartimos. Los sueños son las letras de un mensaje, las ondas de tu alegría, la paz de nuestros besos; el testimonio de la historia, la justicia, la vida... La voz de los miércoles, la arena de las diez... Los sueños, *don Quijote*,... Los sueños son esa hermosa cosa que todos llaman «eternidad» y que *nosotros* sólo reconocemos llamándola por su nombre: «Ínsula Barataria»... Sin duda, lo mejor de nuestras vidas.

Y con esto, que Dios le dé salud y que de mí no se olvide en Madrid, a diecinueve de abril de mil seiscientos dieciséis.

A N A D E L A P U E N T E



A stylized, handwritten signature or logo located in the bottom right corner of the page. It consists of several overlapping, fluid lines that form a monogram, possibly representing the initials 'JL' or 'GL'.

“De un realismo niño a un idealismo adulto”

Octavio Santana Suárez

Cervantes, después de una trayectoria memorable que culmina en la derrota de los turcos, no recibe recompensa alguna por su entrega de combatiente entusiasmado, ni siquiera cumplen con sus demandas de un cargo en América. En Sevilla vela entre rejas por unas presuntas irregularidades en la recaudación con que abastecer a los barcos patrios — más tarde España perderá su armada cerca de las costas de Inglaterra —, y de nuevo ve quebrar sus ansias de marchar al continente recién abierto a Occidente; salta la banca que custodia los fondos oficiales y regresa a la inoportuna prisión; en sus largas horas vacías, ¿preservará del olvido su lustro de cautiverio en Argel?, sabemos que de su africano encierro no guardó rencor, ¿qué situación más propicia convendría a un héroe de guerra desairado en la paz para concebir y empezar una exposición de la condición humana de la talla de su ilustre manchego?; en Toledo repite cárcel por una violencia misteriosa frente a su domicilio. ¿No escoltan sus dichas y desdichas la indiscutible victoria en Lepanto y el terrible fracaso de la Invencible, el optimismo místico del Renacimiento y el complejo pesimismo del Barroco, la salud palpitante de *El Cortesano* y el deprimente infarto de Gracián?, ¿la plenitud del arte en medio de una etapa de extremada decadencia y crisis?, no cabría explicar la inexplicable coincidencia más que por la vía de la paradoja.

Rompí con el orden temporal y, apenas en las afueras del tiempo, pretendí un diálogo imaginario con el célebre protagonista que revolucionó la fabulación literaria de arriba abajo.

— ¿Por qué te expresas en lenguaje arcaizante e hiperbólico?

— La pluma que me dio vida decidió caricaturizar los decires de sus fuentes librescas y terminó por caer en brazos de sus alambicados modales.

— ¿No te quedó por probar el traje de los poetas?

— Mi manco autor anduvo más versado en desgracias que en versos.

- ¿Aderezado con qué motivos acometió una obra así?
- Tiró de una sutil ironía por el puro placer de la diversión, no por parodiar el género.
- ¿De dónde procede tu óptica de sobras excéntrica?
- Las muchas lecturas y el escaso dormir secaron mis sesos.
- ¿Te extraña entonces que purgues de infortunio en infortunio?
- En la búsqueda de aventuras por geografías rurales confundo ventas con castillos, molinos con gigantes.
- Con percepciones tan disparatadas y comportamientos tan grotescos ¿rastreas a rastras la pobre verdad de los mortales?
- Quizá llegue a las cotas más altas que logremos soñar despiertos.
- ¿No prefieres emprender tus hazañas a solas a la grupa de tu Rocinante?
- Trato con un paisano de aspecto zafio a lomos de asno.
- ¿A qué ocurrencia satisface la sorprendente relación por demás dispareja?
- Sirve de sátira social, de reflexión sobre diferencias de anhelos, sobre distantes visiones políticas.
- ¿De qué te vale achacar tus múltiples desastres a encantamientos?
- Excusan mis pertinaces fracasos: en cada correría, torno corrido.
- ¿Aun en el suelo consigues salvar la cara?
- Encargo al escudero la pelea con la canalla y me reservo la defensa contra los caballeros.
- ¿Qué intentas por tu señora Dulcinea en Sierra Morena?
- Un retiro de penitencia, porque sin amores me tendría por un árbol sin hojas, sin fruto, por un cuerpo sin alma.
- ¿Te mueves en el terreno de la verosimilitud o en el de la inverosimilitud?

—No importa en caso de que tomes por cierto lo que atesoran las tiernas páginas donde habito, ¿acaso, por hablar, no habla hasta el impresor?

—¿No te llamó la atención que *La Galatea* de don Miguel no volara también de los estantes al corral?

—El barbero apuntó que no debería arder en la hoguera por proponer y no concluir.

—Si con semejantes argumentos cortan la periodicidad semanal de unos trabajados ensayos ¿no opinas que retrocedemos peligrosamente pasados cuatrocientos años de tu aparición en público?

—Octavio, ¡lástima que en lugar de arreglar cabello y barba, los sectarios canarios de ahora decapiten una más que merecida cultura!

—En cuanto encaminas andanzas más sosegadas, en más armonía con la ciudadanía ¿no te sientes más urbano y te inclinas a visitar a los Duques de Barcelona?

—Tampoco procuro ocasiones difíciles, vienen a mi encuentro los leones.

—¿No te sentaría mejor una existencia de regalo y mayor reposo?

—Apaleado o emperador: un hidalgo elige inquietud y lanza.

—¿Qué te impulsa a la justicia?

—El idealismo de la reparación noble se acompaña del realismo de ganar una confianza que pueda llevar bien.

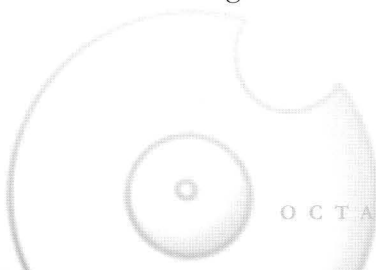
—¿Qué otros nortes te orientan?

—Me anima una voluntad de sacrificio, el auxilio de los menesterosos y la lucha por el triunfo de las virtudes.

—Tras tu comprometida intervención ¿piensas que el acuerdo alcanzado en tu presencia permanecerá en tu ausencia?

—Con frecuencia el abusador no mantendrá la palabra empeñada: a dignidades desiguales corresponden conductas desiguales.

—¿Cómo quisieras que te reconocieran los siglos?



— Como la encarnación de una aspiración.

— ¿Te crees un moralista?

— Por sazonar su mollera, converso más a menudo con quien suspira por el gobierno de una ínsula.

— ¿Aprecias mutua la influencia?

— Observa el proceso de quijotización de Sancho y de sanchificación de don Quijote: imita mi grandilocuencia y ensarto refranes a su manera.

— ¿Qué acaban por sacar a la luz un loco-genial y un tonto-listo?

— A dúo creamos un canto a la libertad en pro de aquel que cantó a la libertad creadora.

— Aunque tus cuidadores no gocen de tu limpio mirar ¿cuándo sanará del todo tu supuesta insania de cabeza?

— Cuando vuelva por última vez al pueblo y expire en mi papel de Alonso Quijano.

J O S É L U Z A R D O



J. Hazardo

“Cervantes y Shakespeare, una insólita coincidencia”

Diego Talavera

(Carta a un futuro lector de Don Quijote de la Mancha)

Envidiado amigo:

El 23 de abril de 1616 Miguel de Cervantes Saavedra yacía agonizante en un camastro, en su casa de la calle León, en Madrid, y escribió en una dedicatoria que tenía ya un pie en el primer peldaño de la escalera hacia otro mundo: “Puesta ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte, Gran Señor, ésta te escribo”. Recibió extremaunción y expiró. Así se despidió el autor de Don Quijote, como había vivido: entre bromas y veras. Al día siguiente fue sepultado en el convento de las Trinitarias y su sepulcro no fue marcado, así que la huella de su polvo desapareció con el tiempo. El 23 de abril de 1616, tras haber pasado una noche de embriaguez en un jolgorio con un amigo, William Shakespeare sufría en su casa de Stratford-on-Avon de una calentura acentuada y al anochecer murió. Fue sepultado en la iglesia parroquial y se rotuló su tumba con una lápida donde maldecía al caminante que removiera sus huesos y no respetara sus cenizas. Hasta el día de hoy allí permanecen.

Siempre me ha parecido una insólita coincidencia que dos de los más grandes genios literarios de todos los tiempos hayan fallecido el mismo día y casi a la misma hora. Sin embargo, ambos fueron muy diversos en su vida y su obra. Shakespeare nos habló de príncipes y reyes, de traiciones de estado y magnicidios, de combates y pugnas de poder. Cervantes nos habló de gente de aldea, de sabiduría popular y de un pobre loco consumido por su obsesión.

Shakespeare vivió en una época donde una reina de la casa de Tudor construía una nación, la dotaba de una marina que la haría dueña de los mares, atesoraba una fortuna en las arcas del gobierno y consolidaba una reforma religiosa. Era una época de germinación y esplendor, de advenimiento de una hegemonía, de exploraciones y coloniaje, de depredaciones y saqueos. Cervantes vivió en un tiempo de declinación de un imperio que había sido omnipotente; fue el periodo del descalabro de la Armada Invencible, de inquisición e intolerancia, de dispersión de caudales, de las rémoras de una administración ineficiente y centralizadora, de una casa reinante que iniciaba su ocaso.

Shakespeare se mantuvo siempre apartado del poder público, nunca cumplió misiones de gobierno. Si acaso alguna vez llegó a vestir la librea de los actores del rey. Se dedicó a escribir porque era un lucrativo medio de vida que le permitió adquirir propiedades en su tierra natal. Shakespeare provenía de una familia acomodada, su padre era alcalde de Stratford, y tuvo una educación relativamente adecuada: latín, historia, pero no fue a la universidad y los estudios de lógica y retórica no estuvieron a su alcance.

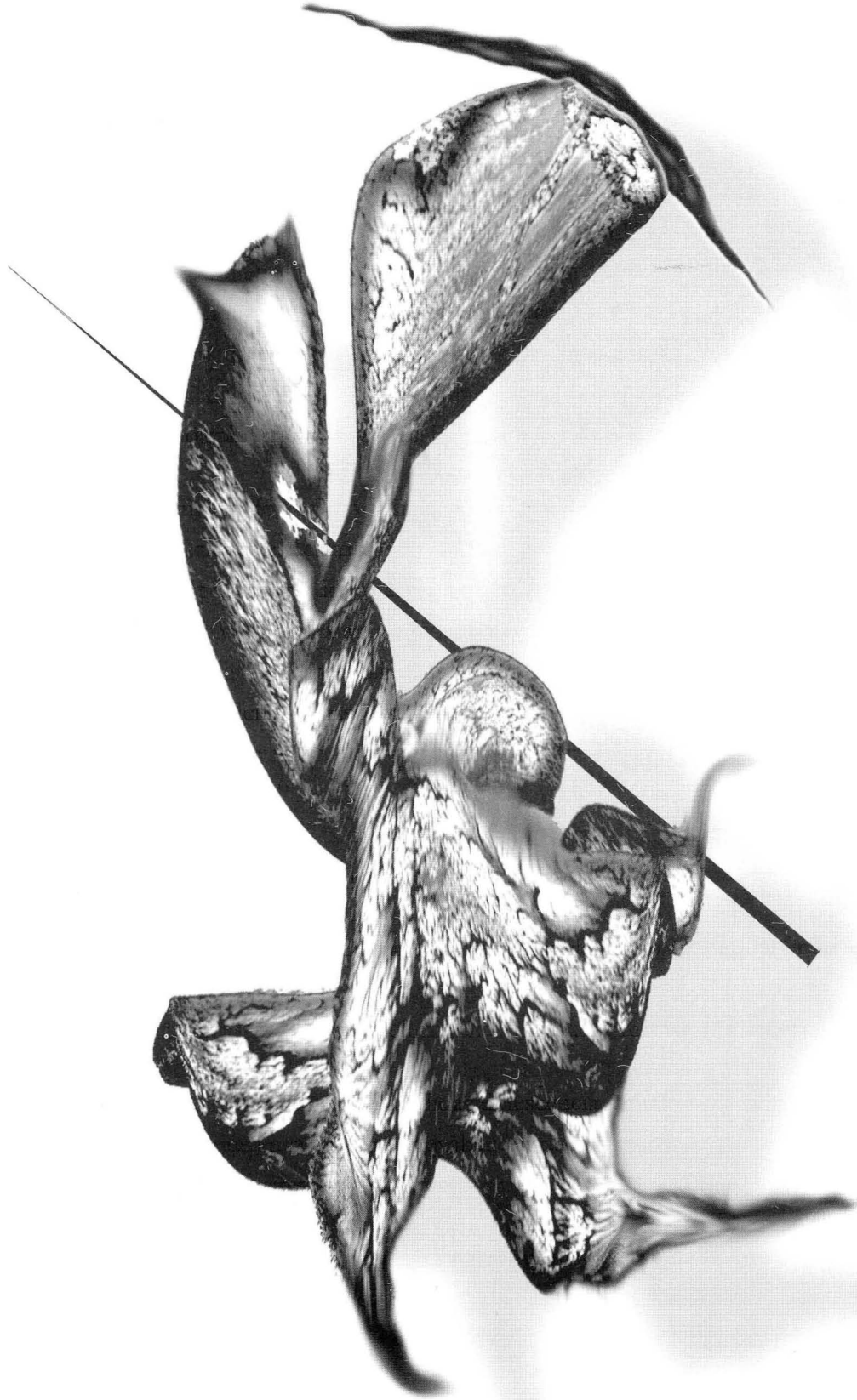
Cervantes fue un autodidacta que aprendió a leer recogiendo en las calles pedazos de papel impreso. Su padre, un boticario sangrador, fue a la cárcel por deudas. Cervantes viajó a Italia y navegó por el Mediterráneo, combatió en Lepanto y fue prisionero en Argel, organizó varias fallidas escapatorias y finalmente fue rescatado, mediante pago, y buscó inútilmente un acomodo en la burocracia real hasta que se ubicó en la intendencia de la armada.

Tanto Hamlet como Don Quijote son delirantes enajenados que no logran situarse dentro del contexto social en que residen. Ambos desafían su entorno y son derrotados por él. Ambos pretenden alcanzar un inexistente orbe armónico y se frustran en su empeño. Ambos son idealistas abrumados por su nobleza de espíritu. Ambos rechazan el absurdo de una sociedad donde los cuerdos pasan por orates. Tanto Cervantes como Shakespeare se sirvieron de dos idiomas que se hallaban en una etapa de formación y contribuyeron a madurarlo.

Ahora, cuando han transcurrido casi cuatro siglos de la desaparición de aquellos escritores, se les reconoce haber profundizado en el conocimiento de la idiosincrasia humana y habernos legado testimonios artísticamente bruñidos del tiempo en que vivieron. Se valieron de las palabras para expresar estéticamente una visión del mundo. Como fueron hombres de su tiempo han existido para todos los tiempos.

Si todas estas coincidencias, futuro lector, han despertado en ti la curiosidad por leer la más lograda fabulación en la historia de la Literatura, “El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha”, la escritura de esta carta ha merecido la pena.

J O S É R O S A L E S



Finalmente inútil Ejercicio para el IV Centenario del Quijote

Juan Rodríguez Betancor

Con una pose de hastío o tal vez con una frase displicente hubiera bastado para declinar la invitación a escribir sobre el cuatrocientos aniversario de la publicación del Quijote. Pero al enfrentarme al envite hice justo lo contrario. Al fugaz deleite de entonces le debo ahora el no estar seguro de mis palabras, pues no sé si éstas son frutos de la vanidad o están motivadas por el deseo de escribir algo finalmente útil. Por lo pronto, emplazo al lector a que dilucide la valoración que mejor estime.

Para situar el nudo argumental de estas líneas sin pretensiones, reclamo la atención sobre el incesante ritmo productivo que actualmente mantienen las empresas editoras, ya que no sólo constituye la mejor demostración de la existencia de un amplio mercado de lectores, sino que evidenciarlo contribuye a resaltar la importancia que está adquiriendo la escritura en papel impreso; hecho que en sí mismo, se convierte en el mejor tributo que cuatro siglos después de su muerte pudiera merecer Miguel de Cervantes Saavedra.

Para mí este fenómeno, tiene una significación especial, porque contrasta con la inactividad lectora que había en mi juventud; en la que el leyente era un raro espécimen, casi onanista, que practicaba el deletreo en solitario. Cosa que hacía no por pudor, sino porque la más de las veces formaba una minoría selecta que acentuaba su excentricidad leyendo libros incluidos en algunos de los índices *prohibitorum* al uso.

Recuerdo que para sortear el inevitable *nihil obstat* que entonces acompañaba obligatoriamente a los libros permitidos, en mi localidad natal llegué en muchas ocasiones a acometer *donosos y grandes escrutinios* por las librerías del lugar; pero con estas correrías no pretendía propagar un bibliocausto, que era las intenciones que guiaron *al cura y al barbero* cuando entraron en la biblioteca del Quijote. En mi caso, no perseguía libros de caballerías, sino que escudriñaba las estanterías en búsqueda de

ejemplares *prohibitorum*; y al contrario de lo que hiciera *el cura y el barbero*, que arrojaron a la hoguera los caros libros de caballerías acumulados con tesón por Alonso Quijano, yo iba al rescate de cualquier texto que habiéndose salvado de la purga crematoria que trajo el golpe militar del 36, permaneciera olvidado en un rincón de librería.

También es verdad que lo hacía para algo que en la época que me refiero era mucho más detestable que quemar libros. Yo iba a por esos textos prohibidos con la exclusiva finalidad de leerlos e incitar a otros a su lectura. Al menos, esa abominable acusación me fue probada en una Sentencia del Tribunal de Orden Público, que data de finales de la pasada década de los sesenta, y en la que se califica mi conducta como un mal proceder que convenía espulgar con nueve meses de cárcel, salvaguardando con mi privación de libertad el mantenimiento de los principios fundamentales del Régimen, el orden establecido y la mayor gloria de España.

Sin querer me he remontado a los años grises de la dictadura franquista; pero no lo he hecho con la intencionalidad recalcitrante de volver al pasado, sino para explicar mejor que si hace cuatrocientos años, sólo el 20 por ciento de los españoles sabían leer; además quienes leían (hidalgos, clérigos y estudiantes), eran lectores de verdad; en la posguerra española, el porcentaje de analfabetos era ciertamente menor que el existente en el Siglo de Oro, pero hasta bien entrada la pasada década de los setenta pocos eran los que leían en España; y sin práctica lectora era muy difícil encontrar una persona que supieran interpretar un texto. Ni siquiera aquellos que leían a los clásicos eran capaces de razonar más allá de lo que cuesta descifrar un silogismo de dos proposiciones. Lo que explica que cuando leían a escritores de otra época como el Quijote, lo hacían para curarse en salud, ya que consideraban que leer a clásicos era lo políticamente correcto.

Con este preámbulo y sin pretender emular vidas paralelas, dejo constancia que si Alonso Quijano tuvo una obsesión por los libros de caballerías; en mi caso, y a pesar del entorno político que me tocó vivir, me pudo más una irreprimible inclinación por los autores heterodoxos.

Reconozco que desde mi tierna y nada cándida adolescencia, me atraía la literatura irreverente y marginal. Preferentemente, la que en sus páginas llevaban prendidas escabrosas escenas de erotismo, cuya lectura bastaba para perderse irremisiblemente.

Sin embargo, he de admitir que no siempre tuve a mi alcance estos géneros literarios; viéndome forzado en los largos periodos de escasez a remediarme con los interminables tomos de la colección Clásicos Castellanos. Entre ellos, el Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha.

Pero al final de cada túnel, en fechas que nunca podía determinar, me reencontraba con las sombras procedentes del exterior, que venían a proporcionarme toda clase de textos desconsiderados e ilegales. Es curioso que tres décadas más tarde, Antonio Muñoz Molina, pensara para titular una de

sus novelas en el nombre del penitente que aparece en la gran obra de Cervantes: *Beltenebros*. En dicha obra se narra la historia de un sujeto ambivalente, cuyo verdadero nombre no se sabe cuál es, que entra clandestinamente en España para moverse siempre ocultándose de la ley, a fin de ejecutar su misión con total impunidad.

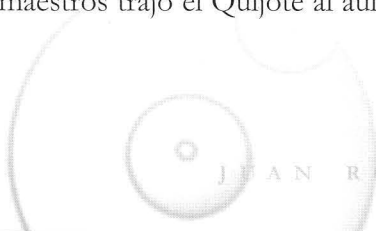
El personaje de la novela de Muñoz Molina desde Londres viaja a Madrid donde llega para matar a un hombre del que sospecha que ha traicionado a la organización. Sin embargo, para sus correligionarios del interior y para la mujer que enamora, el agente secreto no es un asesino, sino la conexión deseosamente esperada con el pasado democrático y con la libertad de la que se disfruta en el exterior.

Personajes como el que se describe en *Beltenebros* entraron por todas las fronteras de España. En mi época no venían a matar a nadie, sino a transportar en sus alforjas lo que policías, jueces y curas llamaban *propaganda subversiva*. Que yo recuerde, aquel material variaba en cada contacto. Una vez, era un extenso ensayo de Fernando Claudín dedicado a la obra escultórica de Alberto Sánchez, quien ya por aquellas fechas había realizado los figurines para el film que el soviético Gregory Kozintsev dedicó a don Quijote; otra, era un manual sobre cómo resistir los interrogatorios de la policía política de Franco y salir airoso del trance, elaborado por Eduardo García, que según contaba en su biografía poseía una sólida experiencia cosechada al servicio de la KGB soviética.

Aquellas lecturas de tan variado género me hicieron concebir el libro como un instrumento capaz de desencadenar un hecho social totalizador; y por tanto, capaz de tener consecuencias en la conciencia social. Era una deducción muy simple, pero que me hacía creer que cualquier libro, con independencia de lo que pretendiera su autor, encerraba el arma precisa para subvertir el orden instituido. Pensaba que si hasta ese momento, los movimientos sociales sólo habían interpretado de diversos modos el mundo, divulgando la lectura conseguiría transformar la historia.

Pero mi ejemplo produjo todo lo contrario. Es decir, todas aquellas personas sobre las que yo influía para que leyeran: familiares, vecinos y amigos de la infancia, terminaron por eliminar de sus casas cualquier huella que delatara que alguna vez hubo allí un libro o algo encuadernable, hubo quienes no dejaron ni la guía de Telefónica. También es verdad, que previamente todos ellos fueron testigos como media docena de policías de la Brigada Político Social, la policía política para entendernos, entraron en mi domicilio y durante cuatro largas horas metieron en varias cajas todos mis libros y papeles, y a mí me llevaron preso.

Entre aquellos libros requisados y que no he vuelto a ver jamás, había un ejemplar del Quijote, que tenía muchas de sus páginas con las puntas dobladas, además de alguna que otra frase subrayada. Como en la escuela primaria ni en el bachillerato mantuve un encuentro con la novela de Cervantes, ya que ninguno de mis maestros trajo el Quijote al aula; cuando leí la novela fui marcando



lo que más me impresionaba. De aquella lectura inicial lo que más caló en mí fue la primera aventura de Alonso Quijano, que le aconteció cuando al escuchar un quejido procedente de un bosque se introdujo en la maleza, donde descubrió a un joven pastor atado a un árbol y a su amo dándole azotes con la excusa de la pérdida de varias ovejas, aunque en realidad lo que pretendía era no abonarle su salario.

La historia es conocida: Sintiendo don Quijote arrastrado por un impulso caballeresco, fuerza la interrupción del castigo, ordenando seguidamente al ganadero a que desatara al muchacho y le resarciera la deuda salarial que había contraído. Cuando don Quijote creyó que había restablecido la justicia, abandona satisfecho el lugar, pero el ganadero viéndose de nuevos a solas, vuelve a atar al chico a una encina y lo azota esta vez con mayor enañoamiento.

Cuando leí esta historia llegué a creer que la acción de don Quijote respondía a una función transformadora, realizada con la voluntad de implantar la justicia entre los hombre. Seguramente, por los pocos años, no me di cuenta que era una efímera acción gestual, sin mayor trascendencia, como el propio Miguel de Cervantes se encarga de evidenciar en el desenlace de ese nudo narrativo, resolviendo que el oprimido invariablemente salga peor parado. Precisamente, para remarcar esta enseñanza, Cervantes vuelve a retomar esta historia en otro capítulo de la novela, propiciando un nuevo encuentro entre el muchacho y el Caballero Andante, donde quedó aclarado que el negocio sucedió muy al revés de cómo se lo imaginaba don Quijote, que encima tuvo que oír de labios del muchacho lo siguiente: *-De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía.* Tras estas quejas le reclamó al caballero algún tipo de indemnización por haberle empeorado la vida.

Pero como los hidalgos no están para vulgaridades, el fiel Sancho atendió la demanda del muchacho, dándole un pedazo de pan y otro de queso, porque según dijo: *-Los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura.*

Cada lector del Quijote puede que tenga gravada en su memoria una determinada aventura. Siempre hay una historia memorable que predomina sobre las otras; para unos, los molinos; para otros, la Ínsula de Barataria. Personalmente, he preferido retener la historia del joven apaleado. Cuando leí este pasaje por segunda vez, mantuve la misma impresión del principio. Es más, creí encontrarme ante un texto precursor de la literatura social, porque al releerla sentí que se desataba en mi interior la misma pasión que me producían las novelas de López Salinas, el teatro de Alfonso Sastre o los poemas de Blas de Otero. Eso me hizo pensar que en aquella escena Cervantes recreaba una situación prerrevolucionaria, muy propia del realismo socialista. Un estilo literario en el que me parecía que encajaba la novela de Cervantes; pues el Caballero de la Triste Figura igual podía ser *La Madre*, de Gorki; o el propio Nicolai Ostrovski, en *Así se templó el acero*.

Por supuesto, el tiempo transcurrido me ha hecho ser consciente que pensar como yo lo hacía entonces era propio de los que sufren alucinaciones. Para mi descargo tengo que decir que en aquellos años poseía el dominio del *materialismo histórico*, una ciencia integral que pontificaba que en la Europa de finales del siglo XVII se produjo, ni más ni menos, que los coleteos finales del feudalismo. Determinando que mientras aquel mundo caduco (la tesis) se apagaba en medio de estertores, nacía entre espasmos otro mundo: el mercantilismo. La antitesis.

Todas estas cábalas me las planteaba en los primeros años de la pasada década de los sesenta. En esa época en la que algunos nos aventuramos a escrutar la realidad; recurriendo a la estética, ante la imposibilidad de utilizar la ética. Pero esa voluntad era suficiente para vincular al escrutador con el compromiso, conociendo que todo compromiso era entendido en un sentido estrecho, es decir, político. Naturalmente, con los conocimientos de hoy, resulta difícil sostener la existencia en el Quijote de una guía única, y menos que esté basada en la certeza de los parámetros sociales. Fundamentalmente, por la dificultad de localizar en la novela al héroe paradigmático que corresponde a toda epopeya social. Ya en aquellos años, uno deducía que el héroe no podía ser don Quijote, porque como se ha visto, con su acción empeoró la vida del muchacho; obviamente, era impensable hallar bizarría en el dueño de las ovejas; y por lo que respecta al joven pastor, su quejosa resignación y sus reproches constituían prejuicios suficientes como para no recomendar su inclusión en las filas de los aguerridos jóvenes guardias rojos.

En cuanto a Sancho Panza, desde un principio le deseché como héroe, puesto que el rústico escudero nunca supo por qué hacía lo que hacía, y mucho menos se interesó en saber por qué su señor hacía lo que hacía. No puede ser héroe quien fuera desconocedor de los métodos circulares de los procesos contradictorios. Cosa que en este caso, además era imposible, puesto que fue dos siglos más tarde cuando Hegel resumiría en tres estados su método dialéctico: Afirmación, negación de la afirmación anterior y conciliación de los supuestos contrarios; así hasta elevarse a otro nivel de la espiral de la historia. Aunque después he comprobado que la mayoría de las veces en que se fuerzan los hechos para ajustarlos a las leyes de la dialéctica, el proceso evolucionaba hacia los niveles inferiores de la espiral; es decir, da un salto atrás. Eso era irremediamente así, a pesar que Carlos Marx dijera que como la teoría de Hegel había nacido cabeza abajo, él y su amigo Federico se ofrecían *para darle la vuelta, mejor dicho, ponerla de pié*, y aplicar a la historia el determinismo redentor.

Sin héroes en los que creer, confieso que más que el llamado desencanto postmoderno, lo que a mí me hizo que se me cayeran los palos del sombrero fueron las reflexiones sobre estas cosas. Mucho después vino el desmoronamiento del muro del Berlín. Prueba de lo que afirmo, es que unos años antes de la caída del muro, propicié en mi localidad natal una genuina versión del compromiso histórico, que ya hubiera querido para Italia el mismísimo Enrique Berlinguer. Por cierto, en esa época acometí una tercera lectura del Quijote. Para entonces, el realismo socialista y la literatura social habían desaparecido de los estantes y sólo merecía un apartado minúsculo en los manuales de crítica literaria.

Desde luego, no se puede transitar por este periodo de la historia sin que te queden secuelas. Cuando se produjo el hundimiento de la utopía y las ideologías dejaron de falsificar la historia, cada cual respondió como pudo; en mi caso, la metamorfosis me hizo dejar de ser Rinoceronte, por emplear un término acertado que acuñó Ionesco. Quiero decir que fui sustituyendo, razonamiento tras razonamiento, las viejas y exactas unidades de medir por otras métricas de la realidad. Ciertamente, con análisis más desordenados, imprecisos y llenos de condicionantes; y por supuesto, sujetos a la incertidumbre del relativismo, que como se sabe, funciona al vaivén del azar y la necesidad. Para afrontar esos avatares, nada mejor que leer el Quijote.

Evidentemente, con estos nuevos parámetros democráticos ordenándome la vida, resulta comprensible que de la relectura del Quijote obtenga percepciones distintas a las anteriores. Si antes dudaba de la eficiencia política de las obras de arte, ahora no creo en absoluto que tenga la mínima incidencia en la historia. A pesar que se continúe dando, en beneficio propio, múltiples formas de abordar el Quijote, desde el tratado filológico escrito por Américo Castro, a la lectura regeneracionista que aparecen en los ensayos elaborados por Manuel Azaña o José Ortega y Gasset

Sin disimular mi condición de intruso en el campo del ensayo crítico, concluiré atreviéndome a describir lo que para mí representa las dos mejores maneras de interpretar el Quijote, ambas extremadamente diferentes. Luego describiré una tercera, que no encuadro en ningún color, pero que fue ideada por el escritor que mejor reinterpretó a Miguel de Cervantes.

Comienzo, por tanto, remitiéndome a la leyenda que atribuye a la lectura que hizo del Quijote, el que Carlos Marx escribiera sus sesudos tratados de economía política. De tal forma, que según esta versión, la historia de la humanidad ha sido lo que ha sido, gracias a que Marx leyera el Quijote, según parece, en su lengua original, tal como después lo hiciera Freud. Desde luego, la novela de Cervantes es un buen material para adoctrinar en el marxismo, porque en sus páginas abundan las diferentes formas de redistribuir la miseria. También a través de sus páginas se aprende a diagnosticar la patología esquizoide, pues toda la novela va de la incertidumbre a la certeza, y vuelve a la duda para retornar otra vez al dogma y de ahí pasar de nuevo a la conjetura. Pero creo que lo que atrajo a Marx fueron los repetidos pasajes en los que Sancho le solicita a su amo que le *señale salario conocido*, de los que hay que dar cada mes. Al parecer, hay quienes ven en estas reclamaciones salariales la confirmación de la lucha de clases.

Pero también hay quienes aseguran con rotundidad que lo que impresionó a Marx fue un comentario concreto de Sancho, emitido justo en uno de los pocos momentos en que había saciado su hambre, gracias a su presencia en la boda del rico Camacho y la hermosa Quiteria, de quien Basilio, un labrador pobre y humilde, estaba enamorado sin ser correspondido. El comentario del rollizo escudero que según dicen hizo que Marx reflexionara sobre el funcionamiento del capital, fue el siguiente: *-¡A la barba de las habilidades de Basilio!, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales.*

Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella al de tener se atenía; y al día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene a mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle.

Si al leer lo leído resulta ser que el lector reclama alguna aclaración, no me la exija a mí. Mi responsabilidad no me obliga a ser exegeta de lo ininteligible.

La segunda de las interpretaciones tiene su fuente en el conservadurismo, una modalidad de pensamiento muy característico en España, que arranca con el existencialismo transcendental que Unamuno venía expresando en diferentes artículos y que finalmente recoge en un libro: *El sepulcro de don Quijote*; y en el que presenta al Ingenioso Hidalgo como un portador de valores. Los valores, según esta concepción, son esas cualidades que determinan a las cosas: *Una cosa vale tanto más, cuanto se conforme mejor con el principio de su ordenación final. El caballero es la encarnación del honor, valioso por valeroso, por realizador del deber, por honrado en su actuar, por defensor de la justicia, por amparador del débil contra el fuerte. Además, combate a los malhechores, socorre a los indigentes, impone la paz y la justicia sobre la tierra.*

Han sido varios los escritores que por considerar al Quijote como el libro nacional por excelencia, han abordado esta novela desde una óptica ultraconservadora. Liderando dicha escuela figura Ramiro de Maeztu como el más antiguo; y el actual académico de la Lengua de México, Agustín Basave Fernández del Valle Agustín, puede ser el último, si es que con este mexicano se cierra el ciclo del pensamiento ultra nacionalista español. Pero en la década de los treinta, a esa escuela se sumaron los miembros de la otra Generación del 27. Es decir, aquellos escritores y ensayistas como Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma Ramos, Giménez Caballero, Montero Díaz, el Conde de Foxá, Rafael Sánchez-Maza, Eugenio Montes y algunos otros que tenían en común glosar el espíritu de la *hispanidad*, un concepto patrio sobre el cual escribió Maeztu desde Argentina, donde desempeñaba una tarea diplomática y donde descubrió que don Quijote era el factor español más conocido fuera de España. Hay que resaltar que Maeztu, que hacía gala de pertenecer a la Generación del 98, fue derivando hacia un nacionalismo extremo, que en los primeros años de la pasada década de los treinta, culmina estableciendo una afinidad política con José Antonio Primo de Rivera; quien ya contaba con el afecto del resto de los intelectuales citados, agrupados según sus preferencias de fascismo que querían para España: Unos eran partidarios de imitar el modelo procedente de la Alemania de Hitler; y otros, del originario de la Italia de Mussolini.

En aquella época se decía que Onésimo Redondo recitaba de memoria el Quijote, y Ledesma escribió un libro sobre el Quijote. La coincidencia entre estos dos intelectuales iba más allá de asociar al alma española la adustez de los toscos paisajes castellanos. Ellos veían en el Ingenioso Hidalgo al superhombre del que hablaba Nietzsche, considerándole un mito medieval sobre el que construir

una misión que entusiasmará a la juventud española. La exaltación del Quijote era la oportunidad que el fascismo español esperaba para recuperar el espíritu de la Reconquista, que por tener sus raíces en Castilla, lo castellano era lo primigenio, podía expandir por el mundo la preponderancia de la raza y el espíritu de la patria hispana. Para ellos Castilla era incuestionablemente, el corazón de España. Desde esa concepción, lo que más les interesaba era la estirpe castellana de Alonso Quijano, a los efectos de justificar el expansionismo de Castilla hacia el Sur.

Desde luego, esta lectura bizarra del Quijote era muy distinta de la que hicieron los románticos en el siglo XVIII; de esta perversión tiene alguna responsabilidad intelectuales como Unamuno y algún otro escritor de la Generación del 98, que rechazaron la *débil nacionalización española* del siglo XIX, utilizando para extender esa quejumbrosa melancolía la plataforma que supuso en 1905 la conmemoración del III Centenario de la publicación del Quijote. La consecuencia de esa pretendida relectura regeneracionista de la obra cervantina, produjo veinte años después otra relectura extremadamente españolista; en la que se utilizó malévolamente el mito de Castilla como génesis de España. Como ya sabemos por la historia, en época de crisis los pueblos asumen los mitos con exceso.

Si el pensamiento conservador español ha podido escribir varios libros sobre la añoranza de la caballería medieval que representa don Quijote; con Sancho Panza le ha sido más difícil. Resolver el papel de Sancho ha supuesto un problema para la teoría ultraderechista; pues no encaja que el escudero siguiera a su amo porque le quería o porque era hidalgo; y en ningún caso, por promesas de salarios o buenas comidas. Si a eso le unimos que Sancho era originario de un pueblo de Vizcaya, muy poca rentabilidad ideológica han podido sacar los ultraderechistas del escudero.

Es evidente que cada uno puede encontrar en el Quijote lo que estime conveniente. En esa multiplicidad reside precisamente la grandiosidad de la novela y la genialidad de Miguel de Cervantes.

En un párrafo anterior comenté que después de reseñar las dos diferentes maneras de interpretar el Quijote, me referiría al *escritor que mejor reinterpreto al ingenioso hidalgo*. Se trata del argentino, Jorge Luís Borges, a quien con toda justicia se le otorgó en 1980 el premio Cervantes, puesto que muchas décadas atrás, en el año 1939, mientras se reponía de una enfermedad en la Provenza francesa, escribió un cuento vanguardista con elementos fantásticos, en el sentido que contaba inciertas cosas litigiosas, cuya lectura sigue dejando en cada frase una indeleble huella de incertidumbre. El cuento se titula: *Pierre Menard, autor del Quijote*, y describe que a comienzos del siglo XX un escritor francés recién fallecido, había reescrito varios capítulos del Quijote usando las mismas palabras empleadas por Cervantes a comienzos del siglo XVII.

La historia es narrada por un partidario del conservadurismo, que se desenmascara a sí mismo al calificar despectivamente a los *calvinistas, masones y circuncisos*. Ese personaje es quien recibe

de Pierre Menard su última carta, la cual lee para que conozcamos que la intención de Menard no era plagiar el Quijote, sólo copiarlo literalmente, *-producir unas páginas que coincidieran –palabra por palabra y línea por línea- con las de Miguel de Cervantes*, con la pretensión de hacer una novela distinta. Descifrar esa diferenciación borgiana ha posibilitado que desde diversas disciplinas se hayan escrito multitud de ensayos, ya que Menard recrea un Quijote distinto al de Cervantes, que a su vez es un espejo del Quijote de Menard. *-Yo he contraído –nos dice Menard- el misterioso deber de reconstruir literalmente su obra espontánea*. Con lo que el autor apócrifo interpreta divergencias inexistentes entre versiones idénticas. Se ha dicho que el mérito de Borges reside en que Menard no modifica el *texto* de Cervantes, ni recurre a la polisemia, sólo cambia el *contexto*. Es decir, sólo cambia al lector. Al final, el narrador encuentra más sutil y muy superior la versión de Pierre Menard que la del propio Cervantes.

Está visto que la dualidad contradictoria y la inquietante incertidumbre acompañan siempre a Alonso Quijano, poniendo en entredicho el paradigma de la veracidad. El propio Miguel de Cervantes se enfrentó a la falsificación, a la mala copia y a la imitación, encontrando que esa *no verdad*, se torna escurridiza, se desdobra, y acaba confundiendo lo veraz con lo verosímil.

Una situación igual de fantástica ha sucedido con la preparación de los fastos del IV Centenario de la publicación del Quijote, que oficialmente tuvo su punto de salida el 5 de marzo de 2002, cuando debatieron en las Cortes Generales una Proposición no de Ley, presentada por el Grupo del Partido Popular, relativa a la celebración del IV Centenario del Quijote, y a la que se adhirió el grupo socialista tras acusar de vergonzantes a los populares por no reconocer que estaban aceptando el guante lanzado durante el debate del estado de la Nación, el 26 de junio de 2001, por el hoy presidente del Gobierno español y entonces líder de la oposición, José Luís Rodríguez Zapatero.

En efecto, el líder socialista en aquel debate del año 2001 planteó desde la tribuna que *-Cervantes y don Quijote nos pueden ayudar a definir la proyección universal que compartimos con todos los creadores hispanoamericanos* (el vocablo es copia fiel del que figura en el Diario de Sesiones. Lo he subrayado porque la exaltación de la hispanidad fue el legado que Maeztu dejó a aquella otra parte de la Generación del 27 que rotó hacia el nacionalismo extremo).

Conviene que se sepa que, en unas declaraciones recientes, recordando su intervención en el debate sobre el estado de la nación, el presidente del Gobierno socialista se acercó peligrosamente a ese límite donde el espíritu de Castilla se confunde con el nacionalismo español más extremo. Fue justo cuando dijo: *-El Quijote representa el pensamiento español. Es el vehículo más poderoso para que ese pensamiento español llegue a todos los rincones de la tierra*.

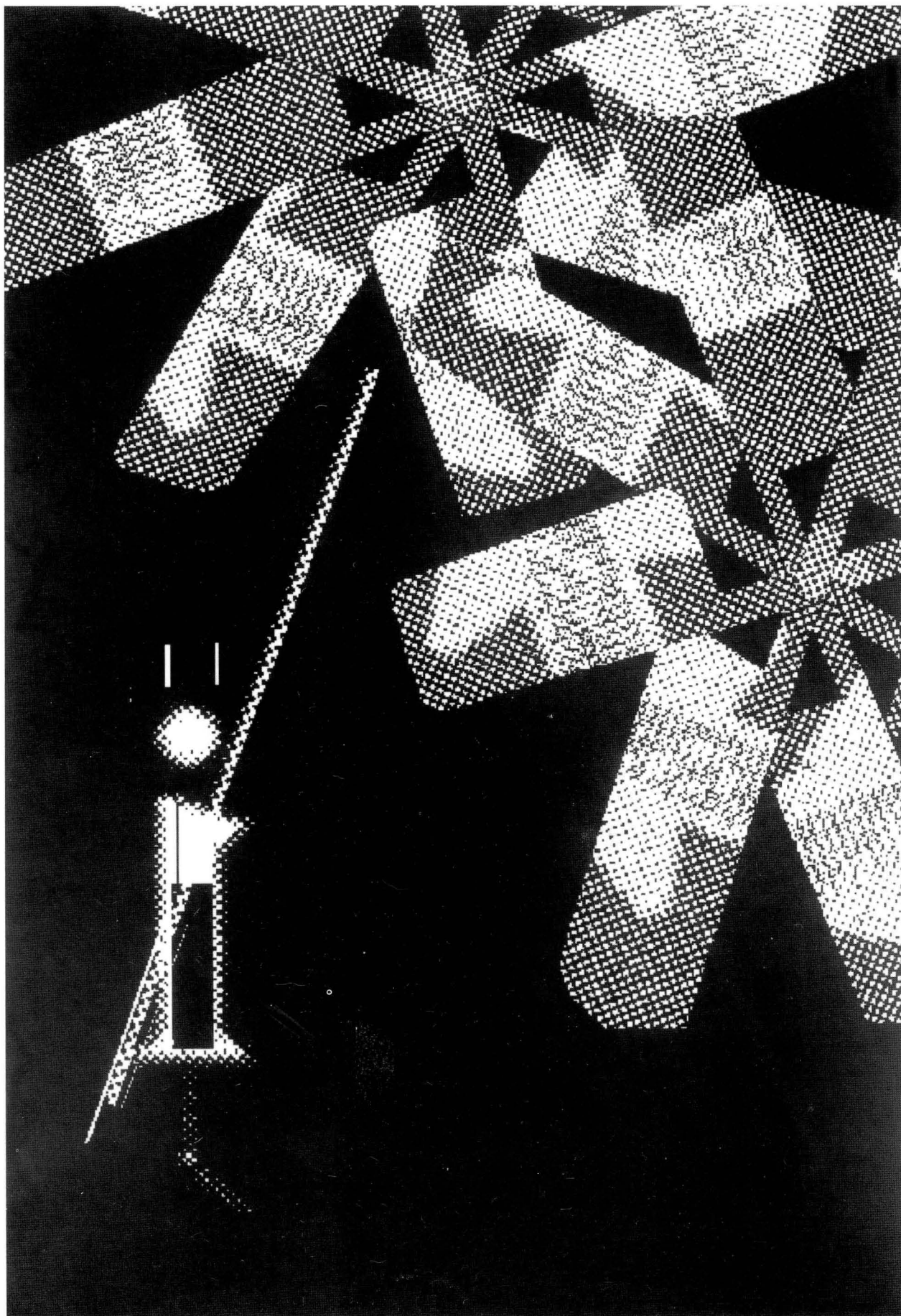
No digo ningún disparate, si especulo que en la pasada década de los años treinta, esta propuesta de recia raigambre castellana, dicha desde una tribuna, hubiera entusiasmado a los mismísimo intelectuales que siguieron a José Antonio Primo de Rivera. Precisamente, a ese abigarrado contraste

entre lo programático y lo que se explica, se debe el que Rodríguez Zapatero sorprenda con frecuencia a los analistas políticos, desconcierte a los parlamentarios populares, suscite la irascibilidad de los nacionalistas periféricos, y en su momento, llegara a que el adusto presidente José María Aznar se viera forzado a promover apresuradamente el IV Centenario del Quijote; decisión que seguramente incomodó al líder del PP por no haber sido él quien hubiera tomado la iniciativa; a pesar que como se sabe, cada año de su presidencia, Aznar iniciaba el curso político en Quintanilla de Abajo, localidad castellana que Franco rebautizó como Quintanilla de Onésimo. Por ser el pueblo natal de Onésimo Redondo, naturalmente.

Hace un siglo, en el anterior centenario, los detractores de la conmemoración procedían del nacionalismo catalán. Cosa lógica, pues el Caballero de la Triste Figura puede ser cualquier cosa, menos el arquetipo de la España plural, a pesar del viaje que don Quijote hiciera a Barcelona en busca de su apócrifo. Sin embargo, en la actual conmemoración no aparece nadie que luzca una crítica excesiva con la utilización ideológica que se está haciendo del texto cervantino. Ciertamente siempre se ha manipulado el mito del Quijote, por eso hemos de estar atentos a los riesgos que conducen a la confusión ideológica. Caer en desvarío, como pasó con el III Centenario, provocó que poco después se le diera juego a los que practicaban *la dialéctica de los puños y las pistolas*. Cometer el mismo error sería lo último que desearía para España.

Hecha la advertencia, no encuentro nada mejor para acabar que volver a la hermenéutica de Borges, y pedir prestada la siguiente frase que Pierre Menard dejó escrita en su carta: *-No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil.*

L U I S S O S A





M.I. AYUNTAMIENTO DE TELDE
CONCEJALÍA DE CULTURA

